

Antonio Tabucchi



*La gastritis  
de Platón*

Lectulandia

La gastritis de Platón es el título paradójico de un libro que nació de las reflexiones de Tabucchi provocadas por un artículo de Umberto Eco en el que se argumentaba que lo único que puede hacer el intelectual cuando su casa se está quemando es llamar a los bomberos. Insatisfecho por este papel de telefonista diligente, Tabucchi introduce —en el club rígidamente institucionalizado de los «intelectuales»— la figura del escritor concebido como intelectual «esporádico» y «clandestino»: socava así, cáusticamente, ese estereotipado icono que se supone sacerdotal o ejecutivo, acaso tolerablemente quejumbroso, pero en cualquier caso siempre doméstico y ornamental. Y reclama el derecho (y el deber) del escritor de indagar con su escritura en «lo que no se da a conocer».

En el texto, Tabucchi se dirige como interlocutor a Adriano Sofri, antiguo líder de las organizaciones izquierdistas «Potere Operatio» y luego «Lotta Continua», condenado a 22 años de cárcel, junto a dos compañeros, como presuntos instigadores del asesinato del comisario Calabrese en 1972. Una sentencia que ha generado considerables polémicas. Al elegir el «caso Sofri» como nudo de una realidad que se pretende formalmente «clara» pero que sustancialmente resulta oscura e inquietante, Tabucchi propone un discurso que es, a la vez, una urgente interrogación y una voz de alarma.

**Lectulandia**

Antonio Tabucchi

# **La gastritis de Platón**

ePub r1.0

Titivillus 20.09.17

Título original: *La gastrite di Platone*

Antonio Tabucchi, 1998

Traducción: Carlos Gumpert

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A la querida memoria de Leonardo Sciascia  
y Pier Paolo Pasolini, con mucha nostalgia.*

*El futuro tiene un corazón antiguo.*

CARLO LEVI

*No aceptaría jamás formar parte de un club que admitiera entre sus socios a personas como yo.*

GROUCHO MARX

**BOMBERO:** Dentro de tres cuartos de hora y dieciséis minutos exactamente tengo un incendio en el otro extremo de la ciudad. Debo apresurarme, aunque no tenga mucha importancia.

**SEÑORA SMITH:** ¿De qué se trata? ¿De un fueguito de chimenea?

**BOMBERO:** Ni siquiera eso. Una fogata de virutas y un pequeño ardor de estómago.

EUGÉNE IONESCO, *La cantante calva*

Esta diabólica puesta en escena es también el contenido de dos relatos publicados no por casualidad coincidiendo con el inicio del proceso en primera instancia —«Una historia sencilla» de Sciascia— y en segunda instancia —«¿El aleteo de una mariposa en Nueva York puede provocar un tifón en Pekín?», de Tabucchi.

*De la sentencia del primer proceso de apelación contra Sofri, Bompressi e Pietrostefani, redactada por el magistrado ponente Laura Bertolé Viale, 1991.*

El carro del victimismo es arrastrado por estos bueyes, por estos útiles idiotas [los intelectuales].

*De la Requisitoria del Fiscal General Ugo Dello Russo, representante de la acusación en el primer proceso de apelación contra Sofri, Bompressi e Pietrostefani, 1991*

... y la gallina  
de regreso al camino  
vuelve a cacarear.

GIACOMO LEOPARDI

# Prólogo

---

Donde se justifica esta «Gastritis».

---

Este librito de tema tan italiano llegó paradójicamente a Italia rebotado desde Francia, puesto que es deudor del interés de algunos amigos franceses tras un viaje de ida y vuelta al país transalpino. Sin la iniciativa de Bernard Comment, que ha ideado su estructura, encargándose también de su edición, no existiría como volumen exento, y hubiese quedado como un breve ensayo (o mejor, «colaboración») publicado en la revista *Micromega* de mayo de 1997 bajo el título de «Una cerilla Minerva<sup>[\*]</sup>» inspirado en una «Bustina di Minerva» de Umberto Eco (*L'Espresso*, 24 de abril de 1997), titulada «El primer deber de los intelectuales: permanecer callados cuando no sirven para nada». Tuve la impresión de que en ese escrito Umberto Eco, al confiar al intelectual exclusivamente la gestión de la cultura (casi podríamos decir de los bienes culturales) y al apoyarse en dos imperiosas afirmaciones (la primera, que cuando se le quema la casa lo único sensato que el intelectual puede hacer es llamar a los bomberos; la segunda, que, puesto que resulta vano cualquier intento de razonar con alcaldes impermeables a las formas de educación cívica, lo más útil para el intelectual es dedicarse a escribir manuales *ad usum* de los nietecillos de alcaldes semejantes, con objeto de que no crezcan con la mentalidad de sus abuelos), trazaba del intelectual un perfil excesivamente triste (o quizá inconscientemente cínico). Mi intervención en *Micromega* no pretendía tanto «rehabilitar» la controvertida figura del intelectual (de la que no se sabe bien si pertenece a la vil raza maldita<sup>[\*]</sup> o más bien a la especie del ave fénix) como en todo caso su esporádica «función» dentro del actual consorcio humano, sobre todo en Italia. Y, al hacerlo, me pareció oportuno, si no indispensable, recurrir a un ejemplar de la especie intelectual que curiosamente Eco descuidaba en su texto: el escritor y, o el poeta. El «olvido» de Eco me pareció digno de reflexión, no tanto a causa de Eco, que también es escritor, cuanto por el hecho de que atrajera mi atención hacia la clase de «papel» que el escritor y el poeta han podido desempeñar en la Italia de la posguerra (dejando a un lado las épocas monárquica y fascista). Papel que acabé considerando de escaso prestigio; es más, todo me llevó a la conclusión de que tal ejemplar zoológico, cuando no ha sido objeto del mayor desprecio por parte de «Palacio» (pasolinianamente entendido como el Poder), siempre ha sido considerado con cierta suficiencia por las instituciones intelectuales y culturales a él conexas (academias, escuelas críticas, etc.) y tratado por éstas con condescendiente superioridad,teniéndolo por una criatura excéntrica, acaso pintoresca, pero que, fuera como fuese, podía perfectamente dejarse de lado

(haciéndose eco tal vez de la famosa expresión «prescindamos de ello» que repetía el actor cómico Totó). Por lo demás, una mentalidad corriente, derivada en parte de Pareyson y en parte de cierta hermenéutica de nuestro siglo, basada en el humilde principio de que el hermeneuta «sabe más que el propio autor» (Schleiermacher), no puede sino llegar al silogismo práctico de que el comentador puede incluso prescindir del comentado, lo que recuerda a los gramáticos de cervantina memoria que no tenían necesidad de la lengua. Y los resultados están a la vista<sup>[1]</sup>.

La primera aserción de Eco, basada en la metáfora de los bomberos (políticamente muy correcta: ¿quién no llamaría a los bomberos si se le estuviera quemando la casa?) me parece, por decirlo de algún modo, insuficiente: basta considerar la solicitud que el benemérito cuerpo ha demostrado allá donde las italianas calamidades lo reclamaban. (Y los ciudadanos recordarán la eficacia de la actuación de nuestros bomberos en la estación de Bolonia tras la bomba de agosto de 1980. Lo que ocurre es que no es tarea del jefe de bomberos, pobrecillo, identificar a quien colocó el artefacto que fue causa del incendio y de las ruinas —y, sobre todo, de los muertos—, y es eso lo que a los ciudadanos, además de a los intelectuales, les gustaría saber).

La segunda aserción, es decir, la tarea atribuida al intelectual destinado a paciente educador de los nietecillos de un alcalde maleducado, me parece un tema de reflexión adecuado para un intelectual como Adriano Sofri<sup>[\*]</sup>.

¿Quién mejor que él, con una perspectiva de una veintena de años de «tiempo libre», para dedicarse a escribir un manual apropiado para la formación espiritual de los nietecillos de su acusador?

Así que decidí dirigir mis reflexiones de *Micromega* a Adriano Sofri, en forma de carta abierta. Ello me pareció también un modo, acaso no beligerante, de invitar a la *intelligentsia* italiana a un partidillo dialéctico, no sólo en torno a abstractas teorías, sino sobre todo en torno a un fenómeno de naturaleza empírica, cuya anormalidad me pareció (y me sigue pareciendo) enormemente inquietante (me refiero a la condena de Sofri, Bompreschi y Pietrostefani). Pero probablemente a causa de mi optimismo, que no había tenido en cuenta la jubilación a la que han sido condenados tanto el término «dialéctica» como el filósofo que hizo más uso de él, aparte de algún peloteo con el destinatario de la carta (el patio de una cárcel no tiene evidentemente las mismas características que el terreno de Wimbledon, ni su muro las de la red del tenis), me encontré jugando un partido semejante al que aparece en *Blow Up* de Antonioni, y de mis antítesis opuestas a las tesis de Eco resultó una síntesis bastante frugal, en la que al apetito siguió en la práctica un ayuno cuaresmal. De este magro, casi diría yo platónico banquete (y nunca el adjetivo resultó más apropiado), en el que los jugos gástricos segregados se nos muestran ridículamente desproporcionados respecto a lo exiguo de la digestión requerida por los alimentos que el convento nos pasa hoy a todos, quiere ser testimonio esta pequeña e inevitable *Gastritis*.

# I

## Una cerilla Minerva

---

*Consideraciones en caliente sobre la figura del intelectual  
dirigidas a Adriano Sofri.*

---

... eso que no sabremos nunca  
nosotros, hombres provistos de lumbre  
pero no de luces.

EUGENIO MONTALE

Vecchiano, 25 de abril de 1997.  
Querido Adriano Sofri:

El origen de esta carta abierta radica en la lectura de un artículo de Umberto Eco en su habitual sección «La Bustina di Minerva» del semanario *L'Espresso* (24 de abril de 1997), que se titula «El primer deber de los intelectuales: permanecer callados cuando no sirven para nada». La tesis propuesta por Eco, al que todos nosotros obviamente consideramos un intelectual dotado de una gran cultura, está expuesta con los cánones de la geometría, y en su abstracto planteamiento no hace referencia a situación específica alguna (excepto al caso de las piedras del paso elevado)<sup>[\*]</sup> del momento histórico que todos nosotros estamos viviendo, sino que se sirve de ejemplos metafóricos que, sin embargo, podrían serle plausiblemente aplicados. He estado reflexionando sobre dicho artículo y lo sigo haciendo, y me gustaría escuchar tu opinión acerca de este tema, en primer lugar porque te considero un intelectual dotado de gran lucidez de análisis, pero sobre todo porque aprecio tu libertad intelectual (por más que la palabra libertad, referida a ti, suene por desgracia a sarcasmo), lo suficientemente libre de prejuicios, aunque sin caer jamás en la arrogancia o el axioma; tu buen criterio, por otra parte, de desconfiar del conformismo en un país como el nuestro en el que el conformismo es hábito antiguo, me parece que aporta cierta «novedad». Y, por último, porque te considero un intelectual creativo, por un lado en virtud de la dialéctica de tu pensamiento, que como toda dialéctica es creativa, en cuanto que produce un tercer elemento nuevo, y, por otro lado, a causa de la situación que te toca vivir, que es (a tu pesar, y te ruego que me disculpes y que no me consideres cínico) portadora de una «novedad» cultural, acaso alarmante, que he decidido afrontar de inmediato. Por todas estas razones me dirijo a ti y te propongo un diálogo a través de los medios de

comunicación de los que cada uno dispone.

Además, me interesa tu punto de vista. Y digo «punto de vista» quizá viciado por mi punto de vista: es decir, el punto de vista de quien, habiendo escrito muchas novelas, ha empleado a través de sus personajes los puntos de vista más dispares, llegando a la convicción de que el punto de vista, si en la narrativa adquiere una importancia relevante, en la vida resulta un factor fundamental. Y es que, como ya decía el antiguo poeta español, «una cosa piensa el bayo y otra quien lo ensilla».

Nunca se me ha dado muy bien el dibujo geométrico. Por eso, en mis tiempos de instituto admiraba a mi compañero de pupitre, capaz de transformar sin problemas un cuerpo sólido, incluso un dodecaedro, en una figura plana proyectada sobre la superficie del cuaderno y cómodamente observable desde un único punto de vista: el de quien la miraba de frente. Yo era consciente de que aquella figura del cuaderno suponía la conquista de la pureza, de la quintaesencia, la olímpica serenidad adquirida por el dodecaedro cuando perdía la enojosa voluminosidad con la que ocupaba el espacio. Y, sin embargo, por más esfuerzos que hacía en dirección a la idea platónica (llamémosla así) del dodecaedro, mi tendencia era la de darle la vuelta para mirar sus doce caras, observando su, sin duda, más vulgar materialidad. Aquella era, si así puedo expresarme, mi ingenua ilusión de «comprender» el dodecaedro: cambiar de punto de vista para mirar todas sus caras. Esta natural inclinación mía resultó al poco tiempo aliviada por la lectura de muchos libros escritos por gente que debatía fundamentalmente acerca de los dodecaedros (y que sería aburrido especificar) y, entre otras cosas, por una iluminadora obra de Umberto Eco (*Obra abierta*; fue 1962 y yo no era más que un muchacho) donde encontré un ensayo de lo más sugerente dedicado a las poéticas de Joyce. Allí el «punto de vista» llegaba a ser interpretado como «metáfora epistemológica» (en este caso, a través del lenguaje). O mejor dicho, utilizando las palabras del propio Eco, «como si Joyce hubiera advertido confusamente la posibilidad de ver las cosas de manera distinta de la tradicional y hubiese aplicado al lenguaje “ópticas” diferentes». Lo que más me interesó, en el habilísimo análisis que Eco hacía de *Finnegans Wake*, era la reversibilidad del Tiempo. Aplicando a la narrativa de Joyce las teorías de un investigador americano (Hans Reichenbach, *Direction of Time*, 1956), Eco demostraba cómo Joyce subvertía la narrativa tradicional (y, por lo tanto, conviene especificarlo, la lectura tradicional de la concatenación lógica de los acontecimientos). Observaba Eco que «si en la novela tradicional, A (por ejemplo, en *Los novios* de Manzoni, la concupiscencia de Don Rodrigo) se considera la causa de los acontecimientos B, C, D (la fuga de los novios, el rapto de Lucía, el exilio de Renzo), en un libro como *Finnegans Wake* se verifica por el contrario una situación muy distinta: según sea entendido determinado término, cambiará totalmente la situación que parecían plantear las páginas precedentes, y de cómo se interprete una alusión dependerá que la propia identidad de una aparición remota sea puesta en discusión y deformada». (U. Eco, ahora en *Le poetiche di Joyce*, Bompiani, 1966 y ediciones sucesivas [*Las poéticas de Joyce*,

Lumen, 1993]). El asunto, es innegable, abría atractivas perspectivas epistemológicas. Leer la realidad «al revés», intercambiando el eje causa efecto, resultaba muy estimulante. Y si la reversibilidad del Tiempo (y de su transcurrir) de Joyce se sustituye por la «reversibilidad de la Historia», la lectura resulta aún más interesante y puede reservarnos sorpresas, sobre todo cuando las causas están envueltas en el misterio. Para hacer esto no es necesario poseer la maestría en el uso del lenguaje de Joyce, basta con haber comprendido el principio. Entre otras cosas, porque el «sistema» de Joyce se remonta en parte a un conocido problema de lógica (que pasó después al adivinancero) que puede enunciarse en los siguientes términos: un condenado está en una celda en la que hay dos puertas, cada una de ellas vigilada por un guardián. Una puerta conduce al patíbulo, la otra a la salvación. Un guardián siempre dice la verdad, el otro siempre miente. El condenado no sabe cuál es la puerta de la salvación ni cuál la del patíbulo, y no sabe cuál es el guardián sincero ni cuál el mentiroso. Sin embargo, tiene la posibilidad de salvarse, pero solamente puede hacer una pregunta a uno solo de los guardianes. ¿Qué pregunta debe formular? He aquí la solución: para salvarse, deberá preguntar a uno de los dos centinelas cuál es la puerta que según su compañero conduce a la salvación (o al patíbulo) y después elegir la puerta contraria a la que le sea indicada. En efecto, si se dirige al guardián sincero, éste, refiriendo lealmente la mentira de su compañero, le indicará la puerta equivocada. Si se dirige al guardián mentiroso, éste, refiriendo engañosamente la verdad de su compañero, le indicará la puerta equivocada. En conclusión: resulta necesario en cualquier caso cambiar de puerta. Moraleja: para llegar a la verdad, resulta necesario en cualquier caso trastocar la opinión de una opinión. (Y por segunda vez, querido Sofri, recurro a ejemplos que, dada tu condición, podrían parecerte de dudoso gusto. Te ruego que me disculpes).

Naturalmente, la reversibilidad de la lógica de Joyce desbarajusta también eso que suele llamarse «*dietrologia*<sup>[\*]</sup>», en el sentido de que lo «de detrás» está ya aquí, *delante de nosotros*. Supongamos entonces que la lectura de tus vicisitudes judiciales, a la luz de un Joyce explicado por Eco, pueda servir de «*iluminación*» para alguien sobre algunas páginas de la reciente historia italiana. Ese alguien, si es capaz de llevar a cabo un razonamiento de ese tipo, es a su manera un intelectual, en el sentido de que usa el intelecto y una metodología propia. Y ni que decir tiene que empezará a inquietarse, porque el asunto le parecerá de lo más inquietante. Y tus vicisitudes, además de constituir un ejemplo de sentencia que a muchos nos parece injusta por estar desprovista de pruebas comprobables, asumen una dimensión mucho más vasta: son en la concepción freudiana lo «sinistro», un *Unheimlich*, no ya extraído de un cuento de Hoffmann, sino de la Historia. En resumen, que se convierten (y lo siento por ti que estás allí, pero lo siento también por nosotros que estamos aquí) en un oscuro signo (semiológicamente entendido) que resemantiza las páginas precedentes. Y, llegados a este punto, tus vicisitudes judiciales podrían no ser tanto el efecto de una causa cuanto, paradójicamente, la causa póstuma de un efecto preventivo. Como

si dijéramos que no es el apetito el que justifica la comida digerida, sino la comida digerida la que justifica el apetito.

¿Que el razonamiento es complicado? Claro que lo es. Pero tú y yo podemos intentar llevarlo a cabo, porque somos dos intelectuales que hemos leído a Joyce explicado por un intelectual como Umberto Eco. Pero ¿cuál es la figura del intelectual que nos propone hoy Umberto Eco en el artículo de *L'Espresso* que te mencionaba? Te cito un fragmento: «Si se les toma por lo que saben decir (cuando son capaces de ello), los intelectuales son útiles para la sociedad, pero sólo a largo plazo. A corto plazo, únicamente pueden ser profesionales de la palabra y de la investigación que pueden administrar una escuela, ser los encargados de prensa de un partido o de una empresa, tocar el pífano en la revolución, pero que carecen de una función específica propia. Afirmar que trabajan a largo plazo significa que desempeñan su tarea antes y después de los acontecimientos, pero nunca en el curso de los mismos. Un economista o un geógrafo podían lanzar una voz de alarma acerca de la transformación de los transportes por vía terrestre en el momento de la entrada en escena del vapor, y podían analizar las ventajas y los inconvenientes futuros de tal transformación; o llevar a cabo cien años después un estudio para demostrar cómo aquella invención revolucionó nuestra vida. Pero en el momento en el que las empresas de diligencias se estaban arruinando y las primeras locomotoras se detenían por el camino, no tenían nada que proponer o, en cualquier caso, bastante menos que un postillón o que un maquinista, y haber invocado su alada palabra hubiera sido como reprochar a Platón el que no hubiera propuesto un remedio para la gastritis».

Y de este modo, querido Sofri, aquel que como intelectual (pero, añadido yo, también como *poeta* o *escritor*, palabras que Eco no usa jamás) confiaba en poder usar la poética de la iluminación de Joyce como clave epistemológica (eso retrocediendo aún más en el tiempo, sin hablar de la iluminación de Rimbaud, porque el vidente explicitado por Rimbaud tiene una larga tradición, como explicaré más tarde, en la trayectoria de la «intelectualidad»); aquél, iba diciendo, se sentirá en extremo desanimado. Quien eventualmente hubiera intuido que *Finnegans Wake* es «un libro que no acaba jamás porque ha comenzado de cierta manera, aunque pueda decirse que comienza porque acaba de esa manera». (U. Eco, *Las poéticas de Joyce*, cit.), se encuentra frente a una suerte de prohibición. Ese principio no sirve para nada: sólo sirve para que Joyce escriba su libro. Y, claro, no todos somos Joyce. Pero, como dice Gertrude Stein, «los pequeños artistas tienen *todos* los dolores y la infelicidad de los grandes artistas, sólo que no son grandes artistas». Y si este principio es verdad, no es menos verdad que, con sus dolores e infelicidad, todos los pequeños artistas, aunque no sean capaces de escribir *Finnegans Wake*, pueden por lo menos «sentirlo» y usarlo como ganzúa para descerrajar la puerta de la realidad. En resumidas cuentas, que esos pequeños artistas (o, si se quiere, «intelectuales»), si bien no están obligados a escribir una obra como *Finnegans Wake*, sí pueden aplicar su *función cognoscitiva*. Es decir, intentar desandar el discurso al revés con una lógica que no obedezca a una

secuencia conformista de la realidad, y que posea un estatuto «agnitivo», ese tipo de conocimiento que, como dice T. Wilder (a quien por cierto Eco citaba en su ensayo), viene dado «por la inteligencia que reduce el miedo» (entre otras cosas, porque el miedo da alas). A fin de cuentas, hemos llegado al principio de Hermann Broch, el cual habla de «misión», lo que Eco, por otra parte, niega explícitamente. Esa «misión de lo poético» que permite al artista superar la muy sensata pero limitadísima lógica de Wittgenstein, a quien podríamos incluso definir como el modelo del artículo de Eco, pues sólo autoriza a hablar de aquello que se conoce. Y es precisamente aquí donde mi interpretación del intelectual diverge de la de Eco y, francamente, prefiero el «segundo» Wittgenstein cuando afirma que en ciertas cosas una lógica demasiado perfecta y lineal es peligrosa porque puede hacernos resbalar como sobre una capa de hielo (dice: «Dadme el rozamiento y el terreno abrupto», lo cito de memoria). La tarea del intelectual (pero también, quisiera insistir, la del artista) es precisamente ésa, querido Adriano Sofri: reprochar a Platón el que no inventara el remedio para la gastritis. Ésa es su «función» (y, específico, función *esporádica*): y por eso, en un artículo mío anterior en el *Corriere della Sera* respondiendo a un *Causeur* que quería hacer de los intelectuales una Institución, preferí hablar de «función<sup>[\*]</sup>». Pues, en caso contrario, ¿qué hacemos con Joyce? ¿Y con Benjamin? ¿Y con Rimbaud? ¿Los desechamos? ¿Los seguimos manteniendo encuadrados en piel en nuestras preciosas estanterías o los arrojamamos al desván como «trastos»? ¿Y qué hacemos con Pasolini, nuestro amado Pasolini, quien afirmó «Yo sé acerca de todos los misterios de Italia»? De su «saber» nosotros sabemos que en realidad no sabía nada. Y, sin embargo, lo sabía todo. ¿Ya lo hemos olvidado? Yo no lo he olvidado y creo que tú tampoco, querido Sofri. Pero tal vez no sea superfluo citar ese texto suyo titulado *Yo sé*, que es de 1974:

«Yo sé, yo sé los nombres de los responsables de eso que en su día recibirá el nombre de golpe de Estado (porque en realidad es una serie de golpes instituidos como sistema de protección del Poder).

»Yo sé los nombres de los responsables de la matanza de Milán en diciembre de 1969.

»Yo sé los nombres de los responsables de las matanzas de Brescia y de Bolonia en los primeros meses de 1974.

»Yo sé los nombres del “vértice” que ha manipulado tanto a los viejos fascistas como a los nuevos, y junto a ellos a los desconocidos (etc., etc.).

»Yo sé, porque soy un intelectual, un escritor que se esfuerza en estar al tanto de todo lo que sucede, en conocer todo lo que escribe, en imaginar todo lo que no se sabe o se calla, que coordina hechos lejanos, que reúne las piezas desorganizadas y fragmentarias de un coherente cuadro político, que restablece la lógica allá donde parecen reinar la arbitrariedad, la locura y el misterio».

Por lo demás, que Pasolini, ya en los años sesenta, entendía la figura del intelectual de manera opuesta a la que intentaba difundir la neovanguardia, está

claramente expresado en un texto suyo titulado *Reportage su Dio*, que la *intelligentsia* italiana parece haber eliminado de su horizonte. Pero yo lo he conservado. Es de 1966, el mismo año que el libro sobre Joyce de Eco, y apareció en un pequeño volumen de la editorial Saddea («Quindicinale di narrativa», n.º 7, 300 liras) que se vendía en los kioscos, donde se podían encontrar, formando un auténtico «grupo salvaje» (*Mucchio selvaggio* era precisamente el título de una excelente revista juvenil de tipo intelectual-creativo), nombres como Hamsun, Traven, Caldwell. En ese texto, Pasolini dictaba al aspirante a periodista de un semanario *liberal* de entonces su propia sociología del *football*, mero pretexto para una sociología de su Italia, llevada a cabo con los instrumentos del escritor (y del intelectual), a diferencia de los instrumentos de la sociología ortodoxa. Y en ella, desembarazándose de la elegancia de Arbasino («por lo demás, sobre este aspecto — vestuario, lenguaje— procura conseguir el asesoramiento de Arbasino»), decía entre otras cosas Pasolini: «Por lo que se refiere, por tanto, al fútbol como juego y como afición, ya sabes lo suficiente. Te quedan por hacer algunas indagaciones sobre los equipos futbolísticos; me refiero a indagaciones escandalosas. De las de carácter sociológico, ya me ocupo yo, a menos que prefieras sosegararte con el asesoramiento, sosegador por definición, de Umberto Eco».

Pasolini murió joven, como «aquellos que son amados por los dioses», destino antiguo de determinados poetas, y no sé si tuvo ocasión de continuar con aquel discurso sociológico suyo. Pero ahí queda esa página, y si algún periódico quisiera volver a publicarla, ya tiene las indicaciones bibliográficas correspondientes. Este «saber» de Pasolini no pertenece por lo tanto a la lógica de Wittgenstein, sino a un conocimiento conjetural y creativo, a ese «algo que no es conocimiento intelectual y que no puede traducirse a él y que, sin embargo, lo precede y lo sostiene, y sin el que permanecería en estado fluctuante, por muy grande que sea su precisión y claridad» (María Zambrano, *La Confesión: Género literario*, 1943). Me parece que María Zambrano explicita perfectamente la idea de que el «conocimiento» intelectual y el conocimiento artístico pueden combinarse en una mezcla fecunda, en la que ambos ingredientes se necesitan y donde cada uno de ellos, por sí mismo, puede resultar menos eficaz. Si se entiende de esta manera la figura del intelectual, entonces su función cognoscitiva (aunque no sea más que un «conocimiento de perturbación») puede tener una enorme trascendencia. Y, en tal sentido, la frase, algo escolar, que Umberto Eco pronunció en un congreso parisiense (con Jacques Attali) titulado «Los intelectuales y la crisis de nuestro siglo» y que Eco recoge en *L'Espresso*, satisfecho por su tono lapidario («no olvidemos que los intelectuales, por su propio oficio, crean las crisis, no las resuelven»), resulta evidentemente inadecuada para la tarea de los intelectuales, tal y como en estas reflexiones mías se entiende esta figura. No sólo porque me parece fuera de lugar que los intelectuales resuelvan las crisis (lo que podría llevar a una larga discusión sobre el equívoco entre pensamiento y *praxis*, en el que incurrieron algunas vanguardias históricas, sobre todo el futurismo y el

surrealismo, al exigir que el intelectual que habla eventualmente de las clases menos favorecidas acoja en su propia casa «por coherencia» a algún mendigo), sino porque me parece que la hipotética función del intelectual no es tanto la de «crear» las crisis, como la de *poner en crisis*. A algo o a alguien que no sólo no esté en crisis, sino al contrario, que esté muy firmemente convencido de sus posiciones.

Pero, retomando el hilo, quizás algo zigzagueante (soy consciente de ello), de estas reflexiones expuestas en caliente, el «saber» de Pasolini que avanza por conexiones aparentemente ilógicas, como el de Joyce o el de Broch (y muchos más), no es ciertamente patrimonio de nuestro siglo. Es algo antiguo, muy antiguo. Se remonta en cierto modo a un misterioso fragmento de Anaximandro que habla del injusto orden del tiempo («Donde tuvo su origen, allí es preciso que retorne en su caída. Las cosas deben pagar unas a otras el castigo y la pena por haber aparecido según la sentencia del tiempo»). Se retrotrae también a Heráclito (Eco, por su parte, cita a Parménides, y es que ya se sabe que hay presocráticos para todos los gustos), quien, al contrario que Pitágoras (instigador de una Verdad entendida como armoniosa consonancia con las esferas del Universo), identifica el momento cognoscitivo precisamente con la *divergencia* y con la *tensión de los opuestos* («no entienden cómo, al diverger, se converge consigo mismo: armonía propia del tender en direcciones opuestas, como la del arco y la lira», citado según la traducción de C. Eggers, en su edición de *Los filósofos presocráticos*, I, Madrid, 1978); ese mismo Heráclito para el que el *Kosmos*, sinónimo de Orden y Belleza, es por el contrario Caos y Fealdad («El más bello ornamento es como un montón de desperdicios echados a voleo»). Y si había quien podía ver así el *Kosmos* de entonces, imaginémonos cómo podrá entenderse el cosmos de este final del Segundo Milenio.

Es obvio que Eco conoce estas cosas mejor que yo, por lo que creo leer en el artículo que está suscitando estas reflexiones más cierta irritación hacia todos aquellos que haciéndose pasar por intelectuales y castigándonos con su «bla-bla-bla», en realidad no hacen más que bailar el cancan para su propio relumbrón, como dice Eco, lucrándose además en sus respectivas secciones periodísticas. Sin embargo, el razonamiento presenta ciertos riesgos: es un problema «bifurcado», como decía el barroco Baltasar Gracián en su *Criticón*, vigoroso tratado sobre agudezas y bifurcaciones. En pocas palabras, cuando Eco dice que el intelectual que se ocupa de los jóvenes que arrojan piedras desde los pasos elevados realiza un trabajo inútil «porque la salvación no viene del intelectual, sino de las patrullas de la policía o de los legisladores», realiza en lo sustancial un discurso pitagórico, en el que la armonía no se refiere ya a las esferas del universo, sino a los legisladores o las patrullas de la policía. Lógicamente, es un deber sagrado, en el plano del ordenamiento social, que intervengan las patrullas de la policía y que se castigue a los culpables. Pero si un marido mata a su mujer al sorprenderla con un amante (o viceversa, no se me malinterprete), el hecho tiene una justificación comprensible: los celos o la ofensa de honor (que, según tengo entendido, en nuestro código penal estuvieron contemplados

incluso como atenuantes). Es pues un delito que posee un «sentido». Pero el delito gratuito con el que Gide ya nos inquietó a través de Lafcadio en el lejano 1914 (¡qué profética puede llegar a ser la literatura!) está desprovisto de sentido. Posee una lógica formal propia, pero carece de lógica sustancial. Y si es cierto que una justa condena de los jueces es necesaria, no es menos cierto que ésta no explica nada. Y si alguien, por ejemplo, se acordara de la frase de Cristo según la cual la primera piedra debe ser arrojada sólo por quien esté libre de pecado, me parece plausible que este alguien (un poeta, un artista, pero también simplemente alguien que se plantea preguntas y que asume por lo tanto la «función del intelectual») se pregunte por qué esos robustos muchachotes que han crecido con galletas vitaminadas y son propietarios de todoterrenos carecen de ese sentido del pecado (o de la culpa) que podría inhibirles del tirar piedras. A mí, que no soy creyente, pero que he leído los evangelios y que he reflexionado mucho sobre esa frase de Cristo (una frase que por lo demás considero muy «intelectual»), me interesa comprender por qué esos chicos han perdido el sentido del pecado hasta tal punto que pueden transformarse en ángeles del mal en la más ordinaria cotidianidad. Si como escritor (o, si se prefiere, como «intelectual») que se interroga a sí mismo, pero también a la sociedad que lo rodea, acerca de esa cuestión, mi función interrogativa (y la de otros) queda reducida a la función de marcar el número telefónico de la policía municipal, con tal papel se me vacía de toda capacidad de «indagación» (indagación, quede claro, que por supuesto tiene una función distinta a la de las indagaciones de los inspectores de policía). En resumen, que si estoy de acuerdo con Eco en que la tarea del intelectual no es la de «tocar el pífano en la revolución», tampoco creo que sea la de marcar el 1091. ¿No te parece, Adriano Sofri? Ése es el verdadero problema, que quizá la *intelligentsia* de nuestro país no ha abordado nunca seriamente, excepción hecha de ciertos casos aislados (y, todo sea dicho, bastante odiados). Algo que en cambio me parece que se ha hecho (y se sigue haciendo) en otros casos en Francia. A título de ejemplo, voy a permitirme citar algunos fragmentos de un intelectual de la talla de Maurice Blanchot, que se ocupa de la cuestión en un pequeño libro muy reciente (1996), que recoge un artículo, ya inencontrable, aparecido en *Le Débat* en 1984 y que arrancaba a su vez de otro artículo de Lyotard (*Le Monde*, 8 de octubre de 1983) donde, con la desenvoltura de quien interroga la realidad sobre todo a través de los *mass-media*, el conocido filósofo-semiólogo-sociólogo francés decretó la muerte del intelectual (hace ya algunos decenios, el funeral, según creo, se celebró por la novela, que después resucitó; y alguna lengua de doble filo observó que los participantes la enterraban por ser incapaces de escribirla).

«Recientemente Lyotard ha publicado algunas útiles páginas bajo el título de “Tombeau de l’intellectuel”. Pero los artistas y los escritores, siempre en busca de su propia tumba, no se forjan ilusiones de encontrar allí reposo jamás. ¿Tumba? Si la encontraran —como en tiempos los cruzados, según Hegel, partieron para liberar a Cristo en su venerable sepulcro, aun sabiendo bien, como les dictaba su propia fe, que

éste estaba vacío y que no habrían podido, en caso de victoria, más que liberar la santidad del vacío—, si la encontraran, digo, no estarían al final, sino al principio de sus fatigas, habiendo tomado conciencia de que el único reposo consiste en el infinito proseguimiento de las obras.

»A este respecto, me pregunto si a través de su derrota y de su desesperación necesarias, artistas y escritores no llevan ayuda y socorro a quienes son definidos como intelectuales y tal vez prematuramente sepultados» (M. Blanchot, *Les intellectuels en question. Ébauche d'une réflexion*, París, 1996, pp. 7-8). En sustancia, lo que Blanchot recuerda a Lyotard es que el acto de conocimiento intelectual es también un acto creativo. O, mejor dicho, Blanchot se pregunta (y la pregunta es veladamente retórica porque postula una respuesta afirmativa) hasta qué punto los artistas y los escritores, pese a sus fracasos y a sus miserias (especificación importante, porque aunque el hecho artístico prevé fracasos, para Blanchot vale más por su intencionalidad que por sus resultados), no pueden aportar una contribución fundamental a la «tarea» del intelectual. Me parece comprender en esencia que, con las debidas reservas, Blanchot expresa una idea de fe en la función del arte y de la literatura como actos intelectivos, allí donde Lyotard, sorprendentemente (o quizá *pour cause*) no toma siquiera en consideración al escritor y al artista como figuras intelectuales, mutilando así tal figura de su mejor aspecto creativo. En resumen, que no aprecia la aportación del impulso vital y, en consecuencia, lo entierra, le cava una fosa («Los artistas, los escritores, los filósofos sólo son responsables de esta única cuestión: ¿qué es la pintura, la escritura, el pensamiento?», J-F. Lyotard, artículo citado). Echando cuentas, podría decirse que la visión de Blanchot (acaso de un cierto regusto romántico, si bien controlado por cierto «pesimismo de la razón») expresa una actitud vital; la de Lyotard, que es sustancialmente de gusto enciclopédico (aunque sea una enciclopedia «agitada» y caprichosa al modo de Lyotard, donde las voces cambian de lugar), posee una visión taxonómica y funcional de la cultura, y expresa una actitud *fúnebre*. ¿Qué consideraciones pueden extraerse de estas dos distintas maneras de concebir al intelectual? Las siguientes. Que mientras para Blanchot la función del intelectual es la de producir *novedad*, para Lyotard es la de transmitir el saber, la de difundirlo y eventualmente la de gestionarlo, manteniéndolo tal y como es y reduciéndolo a norma. Con todo ello no pretendo de ninguna manera negar la importancia de la *Encyclopédie*, sobre la que se fundamenta la época ilustrada y que fue un instrumento esencial para difundir la cultura filosófica, técnica y científica. Pero, si la conjetura no es exagerada, cabría deducir de ello que entre el Diderot director de la *Encyclopédie* y el Diderot autor de *Jacques le fataliste* (y también de los *pamphlets* filosóficos que en 1749 le costaron la cárcel), Blanchot halla más *novedad* en este último.

Si no es decir demasiado (y es verdad, que, cuando se trata de hablar claro, demasiado es siempre poco), Lyotard atribuye en su artículo a la figura del intelectual una función casi de ejecutivo, es decir, de funcionario de la cultura. El porqué es muy

sencillo: porque nunca se le ha ocurrido la sospecha de que Platón sea responsable de no haber inventado un remedio para la gastritis. Si hubiera tenido esta sospecha, habría leído poesía. Por ejemplo, un «Adiós» de Alexandre O'Neill, donde un poeta vencido por la vida y por su situación histórica dedica estos versos a una mujer que lo abandona:

«No podías quedarte en esta silla / donde paso el día burocrático / el día-tras-día de la miseria / que sube hasta los ojos y llega a las manos / a las sonrisas, al amor mal silabeado / a la estupidez, a la desesperación sin boca / al miedo en posición de firmes / a la alegría sonámbula, a la coma maniática / de un modo funcionario de vivir».

Pero la discusión nos llevaría muy lejos, hacia una sociología del intelectual como gestor de la cultura en una sociedad como la nuestra, y como no es ésa mi intención, querido Adriano Sofri, lo mejor será que no sigamos con este tema.

Sin embargo, dado que al llegar a este punto la definición de intelectual se hace tan difícil de captar y de especificar, me parece importante un ulterior intento de desenredar la madeja con un «retrato» que nos ofrece Blanchot: «¿Qué ha sido de los intelectuales? ¿Quiénes son? ¿Quiénes merecen serlo? ¿Quiénes se sienten descalificados si se les define así? ¿Intelectual? No lo es ni el poeta ni el escritor, ni el filósofo ni el historiador, ni el pintor ni el escultor; no lo es el sabio, aunque se dedique a enseñar. Parece que no se puede ser intelectual siempre, y que tampoco es posible serlo exclusivamente. Es una parte de nosotros mismos que no sólo nos distrae momentáneamente de nuestra tarea, sino que nos devuelve a lo que se hace en el mundo para juzgar o apreciar eso que allí se hace. Dicho de otra manera, el intelectual está tanto más cerca de la acción en general y del poder en la medida en que no se mezcla en la acción y no ejerce un poder político. Pero sin desinteresarse por ello. Al distanciarse de la esfera política, no se aleja de ella, sino que intenta conservar ese espacio de retirada y ese esfuerzo de retiro para aprovechar esa perspectiva que lo aleja al objeto de instalarse allí (aun en instalación precaria), como un centinela que no está ahí sino para vigilar, para mantenerse despierto y esperar con una atención activa en la que se expresa menos la preocupación por sí mismo que la preocupación por los demás.

»Así pues, ¿el intelectual no es más que un simple ciudadano? Sería ya mucho. Un ciudadano que no se contenta con votar según sus necesidades y sus ideas, sino que, tras votar, se interesa por lo que resulta de ese acto único y, guardando las distancias respecto a la acción necesaria, reflexiona sobre el sentido de esa acción y, según las ocasiones, habla y calla. El intelectual no es, por lo tanto, un especialista en la inteligencia: ¿será acaso un especialista en la no especialidad? La inteligencia, esa inclinación del espíritu tendente a hacerle creer que sabe más de cuanto sabe, no hace al intelectual. El intelectual conoce sus límites, acepta el pertenecer al reino del espíritu, pero no es crédulo, duda, aprueba cuando es necesario, no aclama. He ahí por qué nunca es hombre de compromiso, según una infeliz definición que a menudo, y con toda la razón, sacaba de sus casillas a André Breton. Pero ello no quiere decir

que no tome partido; por el contrario, habiendo decidido según el pensamiento que le parece más capital, pensamiento acerca de los peligros y pensamiento contra los peligros, es obstinado, es perseverante, ya que no hay coraje más fuerte que el coraje del pensamiento» (M. Blanchot, cit., pp. 12-14).

Siguiendo con mi zigzagueante reflexión, vuelvo al artículo de Eco: «Cuando la casa se quema, al intelectual sólo le cabe intentar comportarse como una persona normal y de sentido común, como todo el mundo, pues si pretende tener una misión específica, se engaña, y quien lo invoca es un histérico que ha olvidado el número de teléfono de los bomberos». Él «véase en la sección bomberos» es una sugerencia utilísima, práctica, que puede resolver inmediatamente el problema, y que evidentemente descansa en la serenidad que proporciona la confianza en la institución de los bomberos. Pero ¿qué ocurre con esa «duda», que también puede a su vez ser de utilidad? ¿Y si, por ejemplo, los bomberos estuvieran en huelga? ¿Y si los bomberos compitieran con una institución análoga, pero opuesta, que se llamara, digamos, servicio contra incendios? ¿Y si los bomberos (hipótesis entre humorística y de ciencia ficción) fueran los de *Fahrenheit 451* de Bradbury-Truffaut (que son, vaya casualidad, dos intelectuales)? Sea como fuere, incluso aceptando las mangueras de los bomberos, nos queda el problema de las causas del incendio. ¿Cortocircuito casual? ¿Descuido del inquilino? ¿Causas desconocidas? Naturalmente, confiaremos en la competencia de los investigadores, a los que se supone eficacia y honradez. Pero, ante la eventualidad de que el resultado de las investigaciones despierte dudas razonables, suponiendo que entre las causas del incendio esté, qué sé yo, un artefacto incendiario, ¿qué hacemos?, ¿archivamos el asunto? El artículo de Eco concluye así: «¿Qué debe hacer el intelectual si el alcalde de Milán se niega a acoger a cuatro albaneses? Será perder el tiempo recordarle algunos inmortales principios, porque si no los tiene ya asumidos, a su edad no cambiará de idea leyendo un manifiesto. El intelectual serio, llegados a este punto, debería dedicarse a volver a escribir los libros de texto con los que estudiará el nieto del alcalde, y eso es lo máximo (y lo mejor) que puede pedírsele». No negaremos que el intelectual con experiencia pueda considerar inútil reeducar al alcalde de Milán: quizá le parezca más oportuno, en el caso de que desapruuebe el comportamiento de ese alcalde, manifestar su opinión para inducir a los electores a no volver a votarle. Con todo, me parece excesivamente optimista la pese a todo noble y rousseauniana idea de un intelectual que fía el sentido de su vida a «sus sudados papeles<sup>[\*]</sup>» con el objeto de que los nietos del alcalde de Milán sean de mayores mejores que su abuelo. Sin contar con que uno, con esos chiquillos, podría ir por lana y volver trasquilado, como bien sabe el abad Parini<sup>[\*]</sup>. Lo que no excluye, obviamente, que un voluntarioso intelectual con vocación didáctica pueda emprender esta obra pía. *Allez-y*.

Por lo que a mí respecta, yo, querido Adriano Sofri, hoy, ahora, en cuanto intelectual (o, mejor dicho, en cuanto escritor, que es algo diferente, aunque sustancialmente igual), quiero vivir en mi hoy y en mi ahora: en lo Actual. Quiero ser

sincrónico con mi Tiempo, con mi mundo, con la realidad que la Naturaleza (o la Casualidad, o Cualquier Otra Cosa) me ha concedido vivir en este preciso momento del Tiempo. La idea de ser diacrónico para cuando los nietecillos de todos los alcaldes de Italia lleguen a la edad de la razón, no me seduce en absoluto. En pocas palabras, si algún Platón o quien haya provocado en su lugar una gastritis tal que hasta el Derecho se resienta del estómago, y si incluso tú (lo que me parecería legítimo) sintieras un poco de acidez en el píloro, ¿qué podría decirte de intelectual a intelectual? ¿Que te tomes todas las mañanas una cucharadita de sal de magnesio durante veinte años y verás cómo se te pasa?

Adriano Sofri, hay muros de ladrillos que nos separan, pero el Tiempo en el que ambos vivimos es el mismo. Yo estoy aquí, hoy, un día de abril de 1997. Y eso es para mí más importante que cualquier otra cosa, porque sé que es irrepetible. Y por eso te escribo esta carta: porque aunque alguien haya echado el cerrojo tras el que físicamente te encuentras, estoy seguro, leyendo lo que escribes, de que tú no te resignas a dejar que encierren tras un cerrojo tu intelecto, y como intelectual lo usas con el objeto de que el cerrojo te sea abierto. Y tampoco yo, que estoy fuera, quiero encerrarme en mi «fuera» con ningún cerrojo. El mundo puede ser una prisión, e *Il mondo é una prigione* (1948) de Guglielmo Petroni (un escritor, un intelectual) es una espléndida descripción novelesca de ello. Pero es también uno de los más hermosos libros sobre la Resistencia. Y ésa es la novedad intelectual de ese libro. Era una novedad entonces, puede ser una novedad hoy también. Ya sabemos que el espacio para moverse es angosto y que la habitación está un poco a oscuras. No resulta fácil que brille la luz, y por lo demás, como decía Montale, tenemos que conformarnos con la débil llamita de una cerilla. Pero algo es algo. Lo importante es intentar encenderla. Aunque no sea más que una cerilla Minerva.

Un cordial saludo de  
*Antonio Tabucchi.*

## II

### Conversación en Lisboa

---

*Donde Bernard Comment se encarga de proseguir el  
razonamiento con Antonio Tabucchi.*

---

Lisboa, agosto de 1997.

**BERNARD COMMENT:** *¿Existe hoy en Italia un debate sobre el papel del intelectual y del escritor en la sociedad?*

**ANTONIO TABUCCHI:** Me da la impresión de que ésa es una pregunta optimista. El papel desempeñado por Vittorini en la posguerra frente a un estalinista como Togliatti, o de Pasolini y Sciascia frente a lo que ellos mismos denominaban «el poder de Palacio», o, en otras palabras, la corrupción al más alto nivel del Estado, quedó sepultado en los magníficos años ochenta bajo el rodillo del socialismo a lo Craxi. Se impuso entonces un modelo de vida que sigue perdurando hoy en día, mantenido por los continuadores de ese tipo de pensamiento y de esa época. El «bacilo» que forman los intelectuales y los escritores está en letargo.

Italia es el país en el que reina soberana la ocurrencia ingeniosa. Pero no estamos ante el *mot d'esprit* a lo Voltaire o el retruécano subversivo de Karl Kraus, ni mucho menos ante el *Witz* freudiano revelador del Inconsciente. Nada de eso; es algo muy distinto. Es una comicidad acusadamente retórica basada en donaires o chanzas, que tiene como objeto vaciar de contenido el problema para desplazar la atención sobre su formulación, como prueba de una inteligencia brillante que da vueltas sobre sí misma. Se trata de un funambulismo verbal que recuerda la *causerie* de la corte de Luis XIV, las de *Las preciosas ridículas* o de *Las trapacerías de Scapin*, por lo que atañe a Francia, o que evoca, respecto a Italia, la máscara de Arlequín, personaje tan típico de nuestra cultura y de la *commedia dell'arte* y que, no lo olvidemos, es servidor de dos amos. Naturalmente, existen numerosos niveles estilísticos en estas salidas ingeniosas, que van desde la vulgaridad disfrazada de esnobismo refinado hasta el frío ejercicio de una inteligencia geométrica, pasando por el chiste escolar. La fuente de inspiración es siempre la misma, en cualquier caso: el cinismo. El crítico Alberto Asor Rosa se ha replanteado la figura de Maquiavelo, considerado uno de los grandes clásicos de la literatura italiana, a la luz de sus reflexiones acerca del papel que éste ha podido desempeñar en la formación de cierta mentalidad característica de nuestro espíritu nacional.

Este escritor cortesano, mediocre en todo excepto en la astucia, siempre ha

gozado de enormes simpatías, hasta el extremo de convertirse en un punto de referencia; y yo iría más allá de Asor Rosa viendo en él no tanto al responsable cuanto el paradigma, y casi el código genético, de cierto espíritu italiano que ha perdurado a través de los siglos. Me pregunto, por lo tanto, si el cinismo del que hablo no podría ser, desde un punto de vista antropológico, una forma de supervivencia por parte del pueblo italiano.

En resumidas cuentas, una suerte de «fenomenología del espíritu» de un pueblo que, en el curso de los siglos, ha tenido que adaptarse a los amos más variados, de los longobardos a los Angionini, de los Borbones a los austrohúngaros y a Napoleón, de los Saboya al fascismo y a la democracia cristiana.

**B. C.:** *Quizá fuera conveniente poner algún ejemplo de estos mot d'esprit de tres al cuarto de los que hablas.*

**A. T.:** Por lo que se refiere al ámbito de los salones literarios, se podría citar a tal o cual cronista de un gran periódico, eventualmente progresista, que se codea tanto con la *jet-set* como con la nobleza negra<sup>[\*]</sup>, y que trata con el mismo tono chispeante el problema de los *sanspapiers* o de los albaneses, que el de los pedófilos o el de las torturas en Somalia<sup>[\*]</sup>, para evocar a continuación el *trash*, el punk, Gucci, la moda italiana, cuando no las cuerdas vocales de la Callas o de la última cantante de moda, aunque sea calva. Para nuestra desgracia, tal cronista está convencido de poseer un gran *esprit de finesse*.

Otro ejemplo podría ser el del presidente del Parlamento, un alto cargo institucional de la República, cuando declaró que el 25 de abril (aniversario de la liberación del país tras el fascismo) debía ser la fiesta de todos los italianos, de quienes liberaron Italia y de aquellos de quienes Italia se liberó entonces. He aquí una salida que me hace pensar en Lewis Carroll, a menos que se trate de una manifestación humorísticamente freudiana del famoso «arrepentimiento» italiano. Pero quisiera detenerme en una de las ocurrencias que mayor éxito ha conocido en estos últimos años. Cierta sector de la izquierda juvenil, acaso ingenua, la que amaba corear consignas en las manifestaciones, había creado un eslogan contra el poder democristiano, corrupto hasta donde todos sabemos. El eslogan decía: «El poder desgasta». Un día, un inoxidable ministro democristiano que gestionaba el poder desde la inmediata posguerra, ante preguntas de un periodista que le citaba esta frase, respondió: «El poder desgasta a quien no lo tiene». Gracias a esta ocurrencia exponencial, es decir, gracias a un donaire cínico, aquel ministro declaraba cándidamente su propio cinismo, y al mismo tiempo pulverizaba el eslogan del adversario. Esta ocurrencia tuvo una gran resonancia en Italia y fue citada, tanto por las derechas como por las izquierdas, con el respeto y diría incluso que con la reverencia que en mi país se reserva a la astucia. No sé cómo aquel exministro, Andreotti, se las apaña con sus ocurrencias, ahora que está bajo proceso por sus presuntos lazos con la mafia. Quizá tenga que cambiar de registro. Pero eso es

problema suyo.

**B. C.:** *Volviendo al texto de Una cerilla Minerva, ¿cuál fue la reacción de las personas a las que aludías directamente? Umberto Eco, por ejemplo.*

**A. T.:** Al principio prefirió adoptar una actitud distanciada y ausente, casi senatorial. Es una actitud admirable porque forma parte de un espíritu científico muy alejado de las reacciones de ciertos compañeros suyos del difunto Gruppo 63<sup>[\*]</sup>, algunos de los cuales, a pesar de su ya considerable edad, se dejan llevar en ocasiones por las más deplorables reacciones verbales. Umberto Eco escribió un artículo difícil de interpretar, siguiendo el modelo de la charada, evocando a Leopardi, nuestro gran poeta romántico, pero en tono irónico. Para resumirlo brevemente, decía que a la posteridad interesa poco saber si Leopardi detestaba a las chicas de Recanati, su pueblo natal, y que el único personaje que cuenta para nosotros, hoy en día, es Silvia, la única señorita que ha quedado en su poesía. No estoy seguro de si se refería a mí o a Sofri. En cualquier caso, este último le ha contestado con ironía glacial (yo diría casi carcelaria) haciéndole observar que efectivamente Leopardi detestaba a las chicas de Recanati, pero que como compensación le gustaban mucho las de la cercana ciudad de Pesaro. Que es como decir que efectivamente Bécquer detestaba a las chicas de Sevilla, pero que en compensación admiraba mucho a las de Córdoba. Más adelante, el propio Eco publicó un artículo en la revista *Micromega* parangonando el caso Sofri con el de Dreyfus, solicitando una revisión del proceso, algo por lo que yo también hago votos. Creo, por lo demás, que Umberto Eco podría contribuir a ello gracias a sus instrumentos científicos, es decir a su semiología, que sin duda resultaría muy útil para descubrir nuevos elementos, de la misma manera que el historiador Carlo Ginzburg ha juzgado el proceso con sus instrumentos, los indicios, en su implacable libro-denuncia *Il giudice e lo storico* [El juez y el historiador]. Por lo demás, sería deseable que los grandes semiólogos combatieran la pérfida imagen que ha empezado a circular, según la cual la semiología es algo parecido al guía indio que vive en el fuerte de los rostros pálidos y que avanza por la pradera descifrando para la caballería yanqui las huellas dejadas por su pueblo. Pero la mejor contribución al debate provino del propio Sofri, en primer lugar con un artículo aparecido en la revista *Panorama* y titulado «Caro Sofri, qui non c'è Moravia» («Querido Sofri, aquí no está Moravia»), una frase siniestra y amenazadora que Sofri tuvo que escuchar en un tribunal durante uno de los innumerables procesos de los que ha sido objeto. En ese artículo, Sofri, evocando un escrito de Moravia a su favor, recordaba que la forma de conocimiento de la literatura es una forma de conocimiento distinta de la deducción pragmática, y que por lo tanto podía llegar a ser fastidiosa. A este propósito, recordaba también la sentencia de otro de esos procesos en la que uno de mis cuentos de *El ángel negro* («¿El aleteo de una mariposa en Nueva York puede provocar un tifón en Pekín?») y la novela *Una historia simple* de Leonardo Sciascia habían turbado, con su fuerza metafórica, al

juez ponente de la sentencia hasta el extremo de señalarnos en ella como brujas dignas de arder en la hoguera.

Pero la refutación de las teorías de Umberto Eco, según las cuales el intelectual debe contentarse con educar a los nietos del alcalde de Milán o con llamar a los bomberos cuando su casa se quema, ha venido sobre todo de una serie de artículos y de declaraciones que Sofri ha dedicado a la situación penitenciaria en Italia. Una situación que ya había despertado su interés cuando aún era un hombre libre, puesto que había publicado, en la colección que dirige para la editorial Sellerio, el informe sobre las prisiones italianas elaborado por la Comisión del Consejo de Europa para la prevención de la tortura y del trato inhumano y degradante, dirigida por el jurista Antonio Cassese.

Por si hay quien no lo sabe, la situación de los detenidos italianos es de las más preocupantes de Europa. Para su desgracia, Sofri ha podido constatarlo y verificarlo en persona. Pues bien, el Ministerio de Justicia italiano, que hasta ese momento se había hecho el sueco al respecto, ha prometido emprender investigaciones y una reforma de las condiciones penitenciarias como consecuencia de las numerosas e insistentes denuncias de Sofri. Ello demuestra que si se hubiera conformado con llamar al guardián para que le limpiara la celda, como se llama a los bomberos cuando se nos quema la casa, tal vez tuviera el habitáculo limpio, pero el problema seguirá existiendo.

**B. C.:** *Y aparte de las de aquellas personas directamente aludidas en tu artículo, ¿ha habido alguna otra reacción?*

**A. T.:** Muy pocas. Un suelto en *L'Unità*, el periódico de los excomunistas, firmado por el señor Gravagnuolo, director de las páginas culturales, quien, con el silbato en la boca, decretaba el final de lo que definía un *match* entre Umberto Eco y yo, porque consideraba esta disputa sobre los intelectuales «poco *à la page*». Hay que hacer un inciso y aclarar que la cultura de este diario, interpretando quizás a su manera lo que Boris Vian llamaba «la espuma de los días», ha dejado a un lado el viejo debate sobre el pensamiento de su fundador, el filósofo marxista Antonio Gramsci (quien tanto reflexionó sobre la función del intelectual), para dedicarse a la doctrina de John Fitzgerald Kennedy. En cambio, he leído que el pensamiento de Gramsci es muy estudiado hoy en día en ciertas universidades norteamericanas. Eso es lo que se llama intercambio cultural entre los pueblos.

Aparte de esto, ha habido una encuesta (rigurosamente telefónica) por parte de otro periódico, en la que se preguntaba a algunos escritores y/o intelectuales si se consideraban «comprometidos». Un término absolutamente inoportuno que yo no he utilizado nunca y que en Italia provoca un disgusto inmediato, debido a su asociación con la idea comunista. Ningún escritor y/o intelectual italiano quiere ser hoy comunista, entre otras cosas porque casi todos lo han sido en el pasado. Es necesario comprender que Italia es un país muy católico, y que el sentido de la culpa es uno de

los grandes pilares del catolicismo, al igual que el arrepentimiento.

Y para terminar, ha habido una viñeta muy divertida de Tullio Pericoli que, a través de un tándem de escritores igualmente divertidos como Fruttero y Lucentini, intenta captar ese espíritu italiano del que hablábamos, cerrando así el círculo de este extravagante debate. Y con esto, *monsieur* Ubú está en la puerta.

### III

## Mientras nos queden cerillas

---

*Donde se razona sobre equívocos y sobre cerillas  
encendidas a contraviento.*

---

La trascendencia va de capa caída, ¡no faltaba más!  
La inmanencia no vale un higo seco.  
La vía intermedia es el dinero.  
Lo mejor es buscar en otra parte.

EUGENIO MONTALE

*Al volver a París desde Lisboa, donde habíamos mantenido la anterior conversación, a Bernard Comment le pareció, repasando sus apuntes, que el razonamiento resultaba bastante incompleto y que acabar con un chiste era en cierto modo insatisfactorio. Después de que Bernard me transmitiera telefónicamente sus sensaciones, estuve de acuerdo en que añadir algunas palabras más no sería inoportuno, de modo que le mandé una especie de carta dentro de la carta que a través de él se dirigía a Sofri, como una especie de conclusión provisional para el librito francés que Comment estaba preparando.*

Agosto de 1997.

Querido Bernard:

Estoy de acuerdo con tus objeciones. Se me ha ocurrido que para proseguir con mis reflexiones sobre la situación del intelectual en Italia, podía adoptar como posible conclusión (aunque sea provisional) una nueva carta mía a Adriano Sofri, pues la que le escribí había abierto este debate. Te agradezco además la ocasión que me ofreces para repetir en Francia lo que ya he tenido ocasión de expresar en la prensa italiana, es decir, que condenando a tres personas a una pena de veinte años sin prueba objetiva alguna, con la única base de las declaraciones (inciertas y contradictorias además, como es sabido) de uno de los llamados «arrepentidos», Italia ha dado muestras de aplicar de manera alarmante una forma de derecho que no tiene parangón en ningún país de la Comunidad Europea de la que forma parte. Por lo demás, que vuestra prensa, con la simpatía que a menudo nos reserva, haya señalado «turísticamente». Italia como el mejor país para llegar hasta Turquía, revela bastante a las claras la prestigiosa imagen que mi país ha sabido ganarse en el extranjero.

Un cordial saludo,

Antonio.

Querido Adriano Sofri:

Has dedicado recientemente uno de tus artículos en el semanario para el que escribes con regularidad a la historia de un tal Fiorentino Conti, preso común al que conociste en la cárcel a principios de los años setenta, cuando a causa de una manifestación fuiste detenido por ser militante de la extrema izquierda. Tú cuentas cómo este preso común adquirió una suerte de conciencia política gracias a tu presencia y a la de tus compañeros, y que, después de distintas peripecias que tras su excarcelación le llevaron al terrorismo, murió recientemente de un infarto, en libertad, en un mercado de Florencia. Tú, por el contrario, que del terrorismo siempre te has mantenido alejado, en estos momentos te encuentras en prisión. Tú defines esta historia como una «jugarreta del destino», y añades que, cuando eras un adolescente, todo ello te parecía solamente posible en las novelas rusas.

Dado mi gusto personal, preferiría ciertos barrocos españoles y diría que tu historia no habría desentonado entre aquellas que Cervantes llamó *Novelas ejemplares*. Sólo que en lo que a ti se refiere, no se trata de una novela sino de una historia vivida. No puedo negar que todo ello me ha turbado. Por asociación de ideas me ha venido a la memoria un libro mío de cuentos no precisamente reciente (1985), titulado *Pequeños equívocos sin importancia*. Cuando se publicó, de acuerdo con mi añorado amigo Franco Ochetto, que en aquella época era director literario de la editorial Feltrinelli, decidimos utilizar en la portada un cuadro de Cremonini que representa dos tumbonas vistas de espaldas en una playa desierta. En una se veía una nuca (si acaso), mientras que de la otra colgaba una camisa. Nos pareció que esa pintura representaba perfectamente lo que confusamente intentaba contar en mis historias: encuentros fallidos, destinos descifrables sólo mediante iluminaciones y señales, ausencias y soledades, todos esos dobles juegos que la vida teje para nosotros.

Dio la casualidad de que el semanario para el que escribes, no pareciéndole tal vez suficiente con los precedentes «reportajes» que había dedicado a mi persona con la elegancia que lo caracteriza, en un suelto anónimo quiso elevar mi quizás algo incierta poética del doble, de la ausencia y del equívoco, a la bastante más cristalina poética de la difamación, con plena consciencia, es de suponer, de que la inevitable querella por mí ya presentada (una más entre las centenares de ellas que recibe), como suele decirse, si no mata, engorda. Este semanario, *Panorama*, pertenece al señor Silvio Berlusconi, ahora relevante líder de la derecha italiana, pero, como es sabido, persona no precisamente ignorante en lo que a medios de comunicación de masas se refiere, sean éstos etéreas antenas o papel impreso (ahora se ha convertido también en editor de Gramsci, al haber adquirido la emblemática editorial Einaudi);

este semanario, como iba diciendo y como quizás hayas constatado tú también, acostumbra desatar campañas cuya modalidad recuerda determinada estrategia de choque de los años setenta, pero pareciéndoles obviamente poco elegante disparar a las piernas de las personas que no visten el uniforme aconsejado —como el terrorismo de entonces hacía optar por dispararles balas de inmundicia («amordazar uno para amordazar cien», podría ser la actualización del eslogan de las Brigadas Rojas). Todo ello no es más que una nueva prueba de la antigua fe itálica en las terapias de convicción enérgicas, por encima de la eventual diversidad de ideologías (que por lo demás ya no interesa a nadie, habiéndose éstas derrumbado, como es bien sabido). Cada época tiene su estilo y sus símbolos, que determinan los avances de la civilización: en su momento, el aceite de ricino, más tarde, estrellas de cinco puntas, y podríamos seguir. Hoy, la época *tras* exige la *poubelle*. Como ha demostrado Umberto Eco en un ensayo en verdad estimable («El fascismo eterno» de sus *Cinco escritos morales*), las etiquetas cambian, pero el contenido permanece. O también, por decirlo con versos de Drummond De Andrade, «De todo queda un poco. / A veces un botón. A veces un topo».

Tú escribes con regularidad en ese semanario gracias a la hospitalidad que te ofrece su actual director, viejo amigo tuyo desde la época en la que simpatizaba con la llamada izquierda revolucionaria. Él ha optado por una trayectoria diferente a la tuya, es evidente. Los destinos cambian, pero la amistad permanece. Tú estás en este momento en la cárcel, eres un «secuestrado de Estado», por usar tu propia expresión. Él, por el contrario, dirige un semanario libre. Y todo ello me hace pensar en la historia de la «jugarreta del destino» que has publicado precisamente en ese semanario. Si todo ello tiene que ver con el equívoco, me parece que se aleja del nivel existencial para alcanzar dimensiones ontológicas. Hasta diría burlescamente metafísicas. Como es lógico, yo también me siento implicado en este equívoco, no tanto por esa accidental asociación de ideas de la que te hablaba, sino sobre todo porque, como escritor, soy al mismo tiempo sujeto y objeto de los equívocos que atraigo, que aferro y que hago visibles en la página.

En el libro ya lejano en el tiempo que te citaba, en mi nota de prefacio, que era una forma de justificación (los escritores sienten a menudo la necesidad de justificarse, como si la observación de la vida provocara un sentimiento de culpa), hacía referencia a los escritores barrocos españoles, que *vivían* los equívocos y las jugarretas del destino.

Pero en este momento, mi pensamiento se dirige más bien a Carlo Emilio Gadda, que por los equívocos se sentía «vivido» y que, a un periodista que le preguntaba si podía ser considerado un escritor barroco, respondió: «Gadda no es barroco, es la vida la que es barroca». En resumidas cuentas, la carta que te escribo es, a su manera, emblemática de lo que significa ser hoy un intelectual en Italia, tal y como me ha sido planteada la cuestión por mis amigos franceses. El panorama «cultural» que ofrezco a los lectores de otros países no es muy alegre, probablemente. Tal vez sea acusado de

pesimismo, pero no veo razón alguna para confortarlos con una visión alentadora. Que se contenten para ello con los productos que están de moda, como la *italian food* o el *italian style*. Mis razonamientos no están de moda, de eso no hay duda.

Procuremos en todo caso esforzarnos por recorrer nuestro camino con paso sereno. Pero sin renunciar a la obstinación de encender nuestra pequeña cerilla para que brille algo de luz aunque sople el viento. Mientras nos queden cerillas.

*Antonio Tabucchi.*

## Dos cartas desde la cárcel de Adriano Sofri

---

*Donde el interpelado responde, con lo que queda debidamente verbalizado en las actas de la presente «Gastritis».*

---

### Primera carta. Octubre de 1997

Querido Antonio Tabucchi:

No contesté en persona, si no de un modo un tanto de circunstancias —un acuse de recibo— a la carta abierta que quisiste dirigirme y que trataba de la inteligencia de los escritores y de su uso. Personalmente, desconfío un poco de la cuestión en general. Si acaso, me deja estupefacto el *engagement* al revés, por llamarlo así, de algunos intelectuales coetáneos nuestros, que ponen un denodado empeño en tomarla con los pobres, los débiles, los marginados. De entre todos los tipos corrientes, quienes ocultan tras sus periódicas intervenciones verbales semejante bellaquería intelectual son los que con menos pesar uno perdería de vista. Me ha complacido especialmente la circunstancia de la confesión del sargento portugués Aleixo Santos, quien disparó y decapitó más tarde a un joven, confesión que completa el círculo que desde las páginas de sucesos había pasado a tu última novela, *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*. Ha sido el propio sargento de policía quien ha sellado incomparablemente el círculo cerrado con una frase que consta en acta: «Cuando le vi muerto... perdí la cabeza». Lo que se dice cabezas intercambiadas. Portugal ha procesado el asunto a puerta entreabierta, nos explicas tú, en espera de entrar en Europa. Esta borrascosa circunstancia me empuja a una especie de respuesta referida a la inteligencia pública en Italia y su relación con el pasado y el eventual futuro de nuestro país. Espero que seas comprensivo si hago referencia a mis peculiares condiciones ambientales y morales.

Oscilo continuamente entre una sensación de amargura y el sentimiento de que mis avatares judiciales son una insignificancia, y una aspiración a extraer de ello algo más sólido y definido. Ponte en nuestro lugar: un guión burdo nos obliga a gestos que quizá lleguen a cuestionar nuestra propia vida, que no habríamos soñado en hacer si no estuviéramos privados de toda libertad. Resulta comprensible el deseo de ennoblecer un poco el asunto. Es como si uno, a quien se le forzara de malos modos a entregar todo lo que lleva en los bolsillos, intentara tirar al suelo, a escondidas,

algunas monedas, por si pasa por allí algún honesto necesitado. Por ejemplo, hemos sopesado mucho el dedicar nuestro ayuno —que no será testimonial, o a plazo fijo, sino extremo, creemos— a una causa digna. Es como si nos sintiéramos ya en el paredón y pudiéramos gritar una frase final, si no para la historia, al menos para la página de sucesos del día siguiente: qué sé yo, «Viva Italia» o «Qué vergüenza». No consigo aceptar la idea de reservar mi última frase para algún indecente magistrado de Milán, ni para una historia que ha envejecido con nosotros, de la que todas las veneradas banderas hace tiempo han sido arriadas. Podríamos quedarnos callados, es cierto, pero ¿no sería pedirnos demasiado? Así, como decía, hemos acariciado largo tiempo un fuerte deseo de dedicar nuestro gesto de prisioneros inhábiles para las armas a la vida y a la libertad en Argelia. Se nos ha intentado disuadir: «Sería un equívoco lamentable». A nosotros nos daba la impresión de que podíamos permitirnos el riesgo de un equívoco, visto que no podemos permitirnos nada más. Ahora, por fin, se habla un poco más de Argelia. Antes o después hasta se empezará a hacer algo, quizá antes de que todos los niños hayan sido descuartizados.

Así, transido de ese estado de ánimo en parte ridículo, en parte iluminado, pude leer algunas frases intercambiadas por el Papa con los periodistas durante un vuelo hacia Brasil, acerca del hecho de que sea sólo la Iglesia católica la que pida perdón. Y eso me disgustó, porque me parecía que con semejante comentario se quitaba valor a los distintos «perdones» pedidos en nombre de la Iglesia, el último de los cuales ha sido el de la Iglesia francesa por su complicidad u omisión frente al genocidio de los judíos. Después me planteé cómo han tratado otras instituciones de nuestro tiempo, incluyendo aquellas que no reivindican un fundamento divino, la cuestión del perdón. Naturalmente, está la «autocrítica» de los partidos y de los regímenes comunistas, que es la trágica imitación de una sincera declaración de responsabilidades y de culpas, y de sus raíces. Una imitación fraudulenta que insinúa su cola envenenada en los propios autos de acusación promovidos contra los regímenes caídos, tan preñados de retórica como de autoabsoluciones y amnesias. En la Sudáfrica de Mandela está en funcionamiento desde hace dos años una Comisión para la Verdad y la Reconciliación, presidida por el arzobispo Desmond Tutu, que aspira declaradamente a una vía alternativa entre «Nüremberg y la cancelación de la memoria». Ha recogido 5500 solicitudes de amnistía, acompañadas de la admisión de sus propias responsabilidades por parte de autoridades y funcionarios del viejo régimen, incluidos algunos que ocupan puestos relevantes en el nuevo gobierno. Se trata probablemente del ejemplo más importante de la aspiración de una comunidad a afrontar con sólidas bases su propio pasado, conciliando dolorosamente la justicia y la reconciliación. (Habría que comparar una tentativa como ésta, realizada a gran escala en toda una nación, con los desconocidos actos de conciliación llevados a cabo en nuestros países como opción a la justicia penal).

En la Italia recién salida del fascismo no ocurrió nada parecido, y ello es lo que hace tan insatisfactorio y artificioso el espíritu de conciliación actual, fruto

principalmente del tiempo que ha pasado —más de medio siglo— y de las oportunidades del presente, y no del sentido trágico de una comunidad dividida y herida, transida de violencia, injusticia y fanatismo.

Compárese —no para juzgar, sino más bien para intentar comprender— la Italia de la amnistía de Togliatti y sus formas de aplicación<sup>[\*]</sup> con la tentativa surafricana. Tal vez el mismo mérito italiano de haber creado un antifascismo y una resistencia significativos sea responsable de que la confrontación con nuestro pasado haya resultado más parcial y reticente que en Alemania. De entre todos los países europeos, en última instancia, probablemente Alemania haya sido y sea todavía la más capaz de preguntarse por su propio pasado. La misma dificultad de hablar en nombre de otra Alemania —a diferencia de lo que sucedía en la Italia antifascista, o en la Francia de De Gaulle, donde el débito de Vichy y de Argelia sigue cobrándose con intereses en nuestros días— ha obligado o inducido a hombres de Estado alemanes a palabras y gestos de solicitud de perdón explícitos, y a veces viriles y conmovedores, como fue el de Brandt en Polonia.

El aspecto que me preocupa tiene que ver con el Estado italiano de los años en los que se desarrolló nuestra vida adulta. En pocas palabras, el Estado del que se ha probado una larga y vasta corresponsabilidad en actividades subversivas, y en el recurso a medios ilegales y delictivos al servicio de intereses partidistas y de aparatos paraestatales; el Estado que se adaptó a una simbiosis —una tranquila convivencia— con la mafia y el crimen organizado, concediéndoles una especie de extraterritorialidad y de segundo Estado; el Estado que durante tanto tiempo confiscó la *res publica* tratándola como si fuera un patrimonio privado y al margen de todo control, y que hizo de la corrupción una costumbre extendida y solapada.

La pregunta es: ¿este Estado debía y debe pedir perdón por todo ello? Los Estados no son —no deben serlo— instituciones éticas, a diferencia de las Iglesias. Su manera de pedir perdón debería ser menos solemne y pomposa, y además algo más presurosa que la de la Iglesia, que puede concederse siglos de reflexión acerca de las hogueras de los husitas o de las matanzas de los hugonotes: el Estado debe rendir cuentas a sus ciudadanos todavía vivos, no a las generaciones que les heredarán. La desgracia civil de Italia se mide en esta cuestión. No cabe pensar que la solicitud de perdón en las comunidades laicas esté fuera de lugar y pueda ser sustituida tal vez por las investigaciones y las sentencias judiciales. (Por lo demás, esta suerte de desuso y de afasia parece somatizada en nuestra sociedad y en sus dirigentes. Eso es lo que ha sucedido en relación con antiguos países colonizados o invadidos. Y más recientemente, en la horrible y ya tan olvidada tragedia del hundimiento de la nave de fugitivos albaneses, ha podido verse esa incapacidad de pedir sencilla y llanamente perdón). Me parece que la clase dirigente italiana no ha sabido ver este crucial problema. Que se me ocurra, únicamente ha habido dos tentativas políticas en este sentido, ambas invalidadas por su propio carácter singular y comprometido: el llamamiento de Cossiga a la Gran Confesión y el discurso parlamentario de Craxi

sobre la financiación de los partidos políticos, pronunciado ya fuera de tiempo. (La cultura y la actividad del Partido Radical parecían darle todas las papeletas, pero llegado el momento, de una manera que sigue siendo inexplicable para mí, su líder, Marco Panella, optó por una solidaridad con la vieja clase política tan quijotesca como dilapidadora. En cuanto a los verdes, la idea de la conversión económica remitía necesariamente a la de una tregua y un cambio de vida, como bien notaba Alexander Langer, pero es difícil que la política llevada a la práctica sea capaz de conservar su amplitud de miras). Si la segunda República no ha cristalizado y, es más, se ha ido haciendo poco a poco más improbable, e incluso menos probable que una eventual República del Norte<sup>[\*]</sup> se debe precisamente a esto. La misma separación psicológica y moral de tantas personas del norte hubiera podido ser amortiguada, mientras hubo tiempo para ello, más que con la intermitente oferta de soniquetes federalistas, con un discurso orientado a la verdad. Hay una parte de la clase dirigente incapaz de pedir perdón, y otra parte convencida de poder reservarse el papel de acusador y de estar exonerada del problema. Esta vistosa incapacidad queda aún más en evidencia ante la multiplicación epidémica de los «arrepentidos» judiciales, transformados por un lado en una categoría moral, por otro en una categoría sindical. La proliferación del nombre y del ejercicio de los arrepentidos es una buena señal de la ausencia de arrepentimiento, al igual que las falsas monedas desplazan a las auténticas. En cuanto a la corrupción, la atronadora y vertiginosa irrupción de *Tangentopoli* hubiera podido convocar a toda la clase dirigente (y no me refiero sólo a la tradicional gerontocracia, sino incluso a la propia generación del 68) de las distintas profesiones, de la información, de la política, para una ruptura con lo rutinario y una autointerrogación, y, tal vez, para una modificación de los modos privados y públicos de la existencia. No estoy hablando de resurrecciones ni de palingenesis, sino de cosas más pequeñas y concretas. No hubo nada que se le pareciera, sino, al contrario, una estampida universal y la manifestación de un temple temeroso, el pánico por la cárcel y por el buen nombre, la celeridad para acusar al vecino; todo ello más grave a mis ojos que la propia corrupción desvelada por las pesquisas judiciales. Por eso, incluso los más razonables y serios esfuerzos en la *res publica* italiana son débiles y toda forma posible de espíritu común se ha perdido, a menos que nos contentemos con las banderas tricolores desempolvadas por reacción ante las trivialidades de Bossi.

Es impresionante que la figura del régimen democristiano más consciente de su legalidad demediada, Aldo Moro, dedicara su última intervención pública a una arenga parlamentaria sobre una DC que no iba a dejarse procesar<sup>[\*]</sup>. La tragedia de la que después fue víctima Moro habría podido ser la ocasión extrema para el *mea culpa* de una clase política alelada, algo huérfana y algo parricida, que ni siquiera hizo la mínima alusión a ello. Lo tildaron de falso por estar secuestrado, lo enterraron a toda prisa, llenos de miedo. Lo intentó Cossiga, como ya se ha dicho, pero tarde y por razones personales; las razones personales pueden ser también un buen motivo, pero

la iniciativa no prosperó. De modo que aquella clase dirigente, horrorizada por la maldición de Moro, fue a su vez enterrada y no mucho tiempo después. Las declaraciones de recibo de los demás implicados, el terrorismo de derechas y de izquierdas, se hicieron a bajo coste, salvo por la infinita recriminación a domicilio.

No he oído pedir perdón por las bombas del 25 de abril de 1969<sup>[\*]</sup> y por la fabricación de la pista anarquista, ni por la matanza del 12 de diciembre ni por el asesinato de Pino Pinelli, y podría continuar así, siguiendo el índice de las actas de la Comisión Parlamentaria de Matanzas, órgano que, entre nosotros, no pretende la verdad ni la reconciliación. No hay nadie en la cárcel por todos aquellos hechos. En la cárcel estoy yo, siendo inocente. Yo, en cambio, al igual que otros, mucho antes de que a nadie se le ocurriera hacerme pasar por inductor de homicidio, ya había pedido perdón a mi manera: reflexionando y hablando de nuestros errores y de nuestras responsabilidades, y cambiando de vida. Cambiando de vida. De algunas cosas pasadas estaba contento, de otras arrepentido. Y éste es, sumariamente resumido, el carnaval en el que participo, con la cabeza gacha. Una cosa más: quisiera que no se olvidara que la violación de la ley por parte de quien está revestido de un poder público es incomparablemente más grave que la cometida por los ciudadanos privados. Ahí reside lo escandaloso de tantas discusiones como la del indulto. Los delitos cometidos por fanatismo político no son por ello justificables. Pero los cometidos en nombre de la Ley y por parte de las más altas instancias del Estado, son mucho más graves. Por el contrario, los responsables de la ilegalidad del Estado, y aquellos que teniendo autoridad han permitido que actuaran, se han servido de las culpas de los «terroristas» para justificar y borrar las suyas; han reforzado la severidad de las leyes o impuesto su propia impunidad; y al cabo de los años echan en cara a unos cuantos encarcelados sin fuerza alguna y a menudo sinceramente arrepentidos, el no haber pedido perdón lo suficiente.

A esta Italia, que no es capaz de imaginarse pidiendo perdón, pero sabe exigirlo hasta el infinito y ritualmente a los vencidos y a los débiles, le gusta subrayar su propio rigor; habiendo vivido en la autoindulgencia plenaria y con amnistías fiscales de todo tipo, se declara enemiga acérrima de cualquier indulto, perdón o amnistía. ¿Es que hay alguien que haya pedido perdón, en nombre de una magistratura que en la mayoría de sus órganos ha sido declarada corrupta, corruptible y cómplice, a las generaciones de condenados que han pasado por las manos de esos jueces? ¿Condenados sin recursos, sin defensa, desconocidos, abandonados? Cualquier proceso ya juzgado en Italia, cualquier proceso que vaya a juzgarse, despierta irremediabilmente legítimas sospechas. ¿No es así? Y si lo es, ¿qué forma de impudicia es la que empuja a tantas autoridades a menospreciar y a aborrecer la misma idea de la amnistía?

De esta forma, desde mi odioso y anacrónico proceso he ido derivando hacia otros argumentos. Debe haber, en cualquier comunidad que pretenda seguir siéndolo, o defenderse, la capacidad de una pausa, de una parada, de una tregua, no sé —y de

un reconocimiento—. La cuestión que el Papa llama del perdón (en la Asís de San Francisco se llamó a esto «hacer las paces») está ligada a todo aquello que me parece más importante en el sitio donde estoy: de la cárcel a la justicia, de los separatismos a la barbarie de los lenguajes y de los gestos, y también a la relación entre nuestra parte del mundo y el resto. Espero que no te haya parecido que todo ello no guarda relación con los problemas que tu carta planteaba. Hasta pronto,

*Adriano Sofri*  
(*L'Espresso*, 16-10-1997).

## Segunda carta. Querido Tabucchi, te cuento una historia

Querido Antonio Tabucchi:

Quiero contarte una historia. Es la historia triste y humilde, pero también algo escandalosa, de un hombre de treinta y cinco años que ahora está aquí en la cárcel, y cuya casa está en Vecchiano, tu pueblo.

Se llama G. A. y nació en Bélgica, en Limburgo, adonde su padre había emigrado para trabajar en las minas. Hoy su padre vive en Vecchiano, con una pensión de invalidez total, porque enfermó de tuberculosis y silicosis, y ahora padece también una esclerosis múltiple. También su madre es italiana, trabajó en Bélgica como obrera y criada, y sigue todavía allí, sola, inválida ella también. Se peleaban y al final se divorciaron. La gente llamaba a la policía, el niño fue internado en un colegio. Allí permaneció desde los siete a los diecisiete años, pasando de una institución a otra, y escapándose de vez en cuando para ir a buscar a sus padres. Su padre vivía en una chabola. A los diecisiete años a G. A. le encerraron en un correccional.

El chico pasaba del colegio, hablaba y escribía en flamenco y en italiano, y más tarde aprendió a apañárselas con otros idiomas. Fue haciendo cosas aquí y allí, casi siempre trabajo negro: en Bélgica, en Holanda, en Alemania. Trabajos de «pico y pala», por lo general. Peón en el tendido de cables eléctricos, en la construcción, en talleres mecánicos. Trabajó regularmente durante cinco años para la Volvo en Holanda. «La cadena era muy rápida, te ponían al lado de uno experto, de los que trabajaban allí desde hacía diez años, y tenías que seguir su ritmo, si no, a la calle. Entonces empecé a tomar anfetaminas y otros estimulantes. Drogas, no, jamás. Antes, con mis amigos, sólo había fumado porros». De vez en cuando, volvía a Italia, a ver a su padre. Hace unos diez años compró en Bélgica un coche, un Nissan 1200, que era robado. Lo juzgaron por encubrimiento, en Italia, y lo condenaron a prisión condicional. Cuando encuentra trabajo, está por ahí, en Europa. Cuando se queda sin él, vuelve con su padre. «¿Te quiere tu padre?». «A su manera, sí». «¿Tú le quieres?».

«Le quiero mucho». Su padre había comprado un terreno de poco más de una hectárea, en Massaciucoli, entre el lago del mismo nombre y Lucca. G. pasa ahí cada vez más tiempo. «Estuve a punto de matarme, después conseguí dejar las pastillas y el costo yendo allí a limpiar el bosque, estaba siempre activo, me sentía mejor. Era un terreno sin cultivar, en su día tuvo pinos, pero en pocos años hubo tres incendios y ningún árbol sobrevivió. Quería plantar allí árboles frutales, y ya había empezado. Manzanos, higueras, albaricoqueros. Me había construido una choza de madera y de telas. A veces me quedaba a dormir allí, en parte por no estar yendo y viniendo, en parte porque me gustaba. En la choza tenía un hornillo, bajaba a coger un bidón de agua —porque allí no hay agua— y así me las iba apañando. No había más que una senda, queríamos construir una carreterilla, ya habíamos hablado con la Guardia Forestal. Los de la Forestal aparecían por allí de vez en cuando, me veían trabajar, me conocían».

El contratiempo sucede el 12 de abril de 1996. No es un gran contratiempo. «Como te he dicho, árboles ya no quedaban. Alguna robinia joven, algún madroñuelo (que son madroños), marulas (que no sé lo que son, brezo, quizá) y, sobre todo, zarzas, que lo infestan todo. Lo que yo hacía era esto: limpiaba un trozo, recogía las ramas secas y los espinos, los quemaba y seguía por otro sitio. Lo había hecho muchas veces, una zona cada día. Aquel día, el viento cambió de dirección y se incendió el monte bajo. Vi que no iba a poder apagarlo yo solo, aunque no fuera verano, y corrí hacia el bar de Balbano, donde está el teléfono que tenía más cerca. Llamé a los bomberos de Lucca, dije quién era y que había que apagar un incendio. Me puse de acuerdo para esperarlos en la carretera, porque no hubieran podido encontrar el sitio por su cuenta. Vinieron con un camión cisterna y un *jeep* de tracción en las cuatro ruedas: el camión cisterna no pudo subir y seguimos sólo con el *jeep*. Apagamos el incendio, ellos y yo, en tres o cuatro horas. Había superado los límites de nuestro terreno, pero por muy poco». En resumidas cuentas, al final los hombres de la Forestal dicen que lo conocen, que es un buen chico que trabaja de firme, pero el jefe de bomberos dice que él está obligado a presentar la denuncia, además queda constancia de la llamada que G. A. ha realizado para avisarles, dejando su nombre y apellido. Así que redactan su informe. Al cabo de un par de meses tiene que presentarse en la sede de la Guardia Forestal en Lucca. Le escuchan, hay alguien del tribunal y también un abogado de oficio. Él no tiene dinero. Su padre le dice: «Por una estupidez así, no merece la pena pagar un abogado». Pasan otros siete meses, y le citan en un tribunal de Lucca para el juicio. El abogado de oficio ni se presenta. Se nombra a otro, una abogada que pasaba por allí, que le aconseja que se busque uno de confianza. Pero él sigue sin dinero. Se abre el juicio. Han sido citados los propietarios de los terrenos colindantes, pero no se presenta nadie, nadie ha declarado daños ni ha presentado denuncias. El juez pregunta a G. A. si quiere pactar un acuerdo. Él pregunta cuál es la diferencia. Con el acuerdo recibe un tercio de la pena, si no, puede ser absuelto o condenado, y después apelar, etc. Él piensa: si me meto en algo que

vaya para largo, quizá me salga una ocasión de trabajo y tenga que renunciar a ella. Así que pide concluir con el asunto. Todavía no lo ha entendido. El juez concluye el asunto imponiéndole cinco meses y veinte días por incendio intencionado. Bien. Cinco meses y veinte días, en la Italia de los incendios dolosos, devastadores e impunes.

En casa, G. y su padre se miran desolados y contratan a un abogado de confianza. Le dan un millón de liras, después otro millón. A la cárcel seguro que no vas, les garantiza. Le conceden la suspensión cautelar de la pena en espera de un posible servicio social que sustituya la reclusión en la cárcel. Pasan ocho meses y —octubre de 1997— el tribunal de vigilancia de Florencia examina el expediente. Él ha vuelto a Holanda a trabajar y el abogado no se presenta. La solicitud es rechazada. Tengo delante una hoja que reza: «Tratándose de una pena no superior a seis meses y no pareciendo que subsista el peligro de fuga... ordena al condenado personarse en la cárcel». El condenado se persona. Su padre está en Vecchiano. Los árboles frutales quién sabe si saldrán adelante.

*Adriano Sofri*

*(Panorama, 29-1-1998).*

## Epílogo provisional

---

*Donde se decide suspender la discusión de uno de los temas de este libro confiando su eventual continuación a un lenguaje distinto y donde, sobre todo, se hacen votos por la pronta revisión del proceso Sofri, Bompressi, Pietrostefani.*

---

*Il n'y a pas de solution, parce qu'il n'y a pas de problème.*

MARCEL DUCHAMP

«Una utopía que se nutre de violencia»:

Titular del *Corriere della Sera*, 17-12-1969, a propósito de los «monstruos». Pinelli y Valpreda<sup>[\*]</sup>

«La incriminación del bailarín terrorista».

Giorgio Zicari, «*Corriere della Sera*», 17-12-1969 a propósito de la detención de Valpreda

Seguro que existe quien sabe más que nosotros  
pero no habla; si abriera la boca sabríamos  
que todas las batallas son iguales  
para quien tiene los ojos cerrados y algodón en los oídos.

EUGENIO MONTALE

París, 18 de febrero de 1998.

Querido Bernard:

Llegamos a tiempo de añadir a nuestro pequeño libro francés una carta abierta que Adriano Sofri me escribió en octubre, como respuesta a la mía de abril, con la que empezaba este libro. Cinco meses de tiempo entre una y otra me hacen suponer que Sofri habrá tenido bastantes otras cosas en las que pensar, y aunque concluya diciendo «espero que no te haya parecido que todo ello no guarda relación con los problemas que tu carta planteaba», tengo la vaga impresión de que a los problemas que mi carta planteaba responde abriendo el diafragma del objetivo, de manera que lo

que yo planteaba acaba perdiéndose un poco en la visión panorámica. Me doy perfecta cuenta, por otro lado, de que el mío era un problema de naturaleza teórica, acaso algo caprichoso o por lo menos «de lujo», por así decirlo, mientras que los problemas de mi interlocutor son de naturaleza terriblemente práctica y no pueden concederse grandes lujos. Pero como respuesta por parte suya quizá sea más eficaz, en lugar de cualquier razonamiento abstracto, la historia ejemplar que me manda desde la cárcel, como demostración de que cuando la casa se quema llamar a los bomberos es un necesario gesto cívico, pero los resultados satisfactorios no están ni mucho menos asegurados. Y por eso he querido reproducirla aquí.

Con todo, prefiero que seamos nosotros quienes concluyamos la edición italiana de este libro, dado que la edición original francesa nació por iniciativa tuya. Por eso añadido la presente carta (definitivamente la clave de este pequeño volumen es epistolar), no tanto a modo de conclusión del problema (lo mejor es que la discusión siga abierta) como para rubricar gráficamente el volumen, como se hacía en el pasado. Es decir: fin del libro.

Y no me parece fuera de lugar engastar en esta carta otros dos fragmentos de cartas (y aquí la epistolaridad del conjunto sube de exponente) que extraigo del *Corriere della Sera* de febrero de 1998. En la primera, Adriano Sofri, aceptando la invitación de Indro Montanelli de dirigirse a la señora Gemma Capra, viuda del comisario Calabresi, y de reconocer que la campaña de prensa llevada a cabo contra el comisario por parte de *Lotta Continua* fue una infamia, escribe lo siguiente: «Apreciada señora Gemma: Habrá tenido usted ocasión de leer la invitación que Indro Montanelli me ha dirigido, y que yo acepto á...ú. Montanelli me pide, textualmente, que le diga que la campaña de denigración y de instigación contra su marido y padre de sus hijos fue una infamia. Así se lo digo».

En la segunda, la señora Capra responde así, dirigiéndose sin embargo a Montanelli: «Querido Montanelli: Mientras le quedo muy agradecida por la afectuosa atención con la que siempre ha querido mantener viva una correcta memoria de mi marido, tomo nota de la carta en la que el señor Adriano Sofri define como infamia la campaña de prensa que precedió y siguió al asesinato de Luigi Calabresi, *determinándolo*». El subrayado es mío, puesto que el verbo *determinar* constituye un nexo casual, establecido por la persona que escribe la carta, quien por lo demás halla consuelo, al recurrir a ello, en el hecho de encontrarlo ampliamente utilizado en los autos procesales (utilización con la que, es ocioso decirlo, estamos en desacuerdo, para lo que remitimos al citado libro de Ginzburg). Pero merece la pena recordar que la «infamia» de la que Sofri se reconoce responsable fue compartida en aquella época (la época de las «matanzas de Estado») no por una exigua minoría, sino por un enorme movimiento de masas y por una difundida opinión pública que reclamaba claridad democrática sobre terribles y oscuros episodios, y que se vio continuamente sobresaltada, por toda respuesta, mediante el recurso a medios tales como la violencia pública y privada, muertos más o menos accidentales, bombas en las plazas y en los

trenes. Hechos todos, como es bien sabido, jamás aclarados hasta hoy, ni por quien hubiera debido cumplir la tarea institucional de aclararlos, ni por ninguna clase de «arrepentimiento» tardío.

Llegados a este punto, querido Bernard, siguiendo la definición de la función del intelectual como «función esporádica» que nos proporciona Maurice Blanchot y de la que ha nacido toda mi reflexión (hablad vosotros ahora, que yo ya he hablado), después de haber salido de lo que es nuestro campo de escritura, me parece que ha llegado el momento de que a la tarea acostumbrada todos dirijan su pensamiento<sup>[\*]</sup>. Entre otras cosas, porque me parece que, vista la situación, para atribuir algún sentido a los acontecimientos antes mencionados (es decir, una lectura «cognoscitiva», esa forma de conocimiento «conjetural y creativa» que no pertenece a la lógica de Wittgenstein, pues esta última, como sabemos, nos autoriza a hablar sólo de aquello que conocemos), tal vez fuera necesario otro tipo de lenguaje: el lenguaje de la literatura, es decir, la ficción que interpreta la realidad y le confiere un sentido, como al principio de este libro he intentado explicar. Por lo que se refiere al lenguaje que es propio de este libro, creo que debemos limitarnos a consideraciones puramente técnicas (y todo, como ves, nos invita a ello), «deshistorizando», si así puede decirse, unos acontecimientos que suceden en Italia *ahora*, aunque se refieren a la Italia de *entonces*, y asumiéndolos como *hechos en sí*, y no como algo que pertenece a un determinado contexto histórico, político, social y cultural, limitándonos, en resumidas cuentas, a considerar no satisfactoria su conclusión (como por lo demás Carlo Ginzburg ha demostrado incontestablemente con los instrumentos que le son propios) y a remachar que la condena de Sofri, Bompressi y Pietrostefani, basada únicamente en las declaraciones de un «arrepentido» y carentes de cotejo objetivo, o es un error judicial o una aberración jurídica.

Por lo que se refiere por tanto al «conocimiento» que Pasolini expresó en su Yo sé, y que consistía —no estará de más recordarlo aquí— en ser «un escritor que se esfuerza en conocer todo lo que escribe, en imaginar todo lo que no se sabe o se calla, que coordina hechos lejanos, que reúne las piezas desorganizadas y fragmentarias de un coherente cuadro político, que restablece la lógica allá donde parecen reinar la arbitrariedad, la locura y el misterio»; para hacer algo así sería necesario escribir una historia. Y podría ocurrir, quién sabe, que un día un escritor tuviera ganas de escribirla. Un asunto como éste ofrece enormes posibilidades narrativas, y la pluma de este hipotético escritor podría abarcar, qué sé yo, desde la ciencia ficción al minimalismo, pasando, allí donde le pareciera oportuno, por la Historia. Imagínate, por ejemplo, a un detective de un lejano futuro que reconstruye ciertos acontecimientos partiendo del estudio de una misteriosa enfermedad cuyo rastro se ha perdido y cuya denominación, que se ha conservado en polvorientos archivos, era «malestar activo»: un microbio engullido por el tiempo, como el que mató al faraón Tutankamon, cuya momia estudian algunos científicos. O tal vez podría hacer una especie de «relato policíaco» que encubra sin embargo un drama vivido en el

silencio: una historia con dos personajes. Te asalta incluso la tentación de imaginarte mejor una historia así, sin perjuicio alguno de la imaginación de quien pudiera escribirla. El primer personaje es una mujer, la viuda de un ferroviario que fue detenido, retenido e interrogado ilegalmente en una comisaría de policía, porque era sospechoso sin motivos de una acción infame de la que era absolutamente inocente, y que, inexplicablemente, se precipitó desde una ventana. La mujer está esperando desde hace treinta años una carta que le lleve la explicación de la muerte de su marido, que nadie ha sabido o querido dar jamás. Pero la historia no se detendría demasiado en la figura de la mujer, por pudor. Concentraría más bien su fuerza narrativa alrededor de la carta que ella está esperando. Porque, después de tanto tiempo, hay alguien que al fin se la está escribiendo.

Pero ¿qué dice esa carta? Y, sobre todo, ¿*quién* la está escribiendo?

## Cronología

El caso de Adriano Sofri, de Giorgio Pietrostefani y de Ovidio Bompressi — condenados por el homicidio del comisario Luigi Calabresino cesa de suscitar reacciones y protestas. Un recurso contra la condena ha sido presentado ante el Tribunal de Justicia de la Unión Europea; el filósofo y senador vitalicio Norberto Bobbio también se ha unido al vasto contingente de acreditados observadores que han criticado la triple condena<sup>[\*]</sup>. Más de ciento sesenta mil firmas de ciudadanos solicitando su intervención han sido presentadas al Presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, quien sin embargo ha preferido remitir el asunto al Parlamento. Los tres detenidos, que desde el principio se negaron a pedir la gracia presidencial, pugnan por obtener la revisión del proceso. Bompressi fue un militante de *Lotta Continua*, el más famoso movimiento de extrema izquierda de los años setenta, del que Pietrostefani era un dirigente y Sofri el líder indiscutible. El movimiento fue disuelto en 1976.

*12 de diciembre de 1969*

En medio de un tenso clima social, estallan cuatro bombas en distintos puntos de Roma y Milán. El balance de muertos de la explosión en el interior de la filial milanese de Piazza Fontana de la Banca dell'Agricoltura se eleva a dieciséis. Las pesquisas se concentran en diversos grupúsculos anarquistas, pista reconocida como falsa sólo varios años después.

*5 de diciembre de 1969*

Mientras desde la extrema izquierda se acusa a los fascistas y al Estado de los atentados, el ferroviario anarquista Giuseppe Pinelli, detenido e interrogado ilegalmente en el interior de la jefatura de policía de Milán, muere al precipitarse desde la ventana del cuarto piso correspondiente al despacho del comisario Luigi Calabresi. Según las autoridades, que facilitan varias versiones que sucesivamente se demuestran falsas y contradictorias, se ha suicidado, abrumado por su culpabilidad. El periódico *Lotta Continua* dirige la campaña que sostiene su asesinato, del que acusa al comisario Calabresi.

*Octubre de 1970*

Se inicia el procedimiento por difamación interpuesto por Calabresi contra *Lotta Continua*, al que se superpone un año después el procedimiento interpuesto por Licia Pinelli, viuda del anarquista asesinado, contra la jefatura de policía de Milán. Se concluirá en 1975 con la sentencia de sobreseimiento del juez instructor D'Ambrosio, que excluye el homicidio y el suicidio, y declara «verosímil» la muerte por «malestar activo»; D'Ambrosio describe con severidad la actuación policial en la detención y el interrogatorio (la sentencia ha sido publicada por la editorial Sellerio, *Il malore attivo dell'anarchico Pinelli*, anotada por Adriano Sofri, Palermo, 1996).

*17 de mayo de 1972*

Luigi Calabresi es asesinado en Milán cuando sale de casa para dirigirse al trabajo. Quien le dispara es un hombre vestido de oscuro que después se aleja en un coche conducido, según algunos testigos, por una mujer.

*Entre 1972 y 1980*

Las investigaciones abarcan varios frentes, entre ellos los seguidores de 112 *Lotta Continua*, bajo sospecha por su campaña periodística.

*28 de julio de 1988*

Sofri, Bompressi y Pietrostefani son arrestados al amanecer en sus casas. Han sido acusados por Leonardo Marino, antiguo militante de *Lotta Continua*, quien reconoce su participación como conductor en el homicidio Calabresi. Según la confesión del «arrepentido», Bompressi es el ejecutor, y Sofri y Pietrostefani quienes ordenaron el atentado.

Son puestos en libertad a los cuatro meses.

*2 de mayo de 1990*

El Tribunal Penal de Milán dicta tres condenas a veintidós años de cárcel y condena a once a Marino. Tras una primera confirmación de las sentencias, la Sala Conjunta del Tribunal Supremo anulará la condena por falta de pruebas y «por graves vicios de fondo y de forma».

*21 de diciembre de 1993*

El segundo proceso de apelación absuelve a todos los imputados. La sentencia

será anulada por la incongruencia de la motivación, redactada por el magistrado ponente, que se había opuesto a la absolución (es la llamada «sentencia suicida»).

*11 de noviembre de 1995*

El tercer proceso de apelación condena otra vez a veintidós años a Sofri, Bompresi y Pietrostefani. El delito de Marino se considera prescrito.

*24 de enero de 1997*

Dos días después del séptimo veredicto se produce la confirmación de las condenas. Sofri, Bompresi, y una semana más tarde Pietrostefani, que hacía tiempo que vivía en París, se presentan en la cárcel de Pisa.

*29 de octubre de 1998*

El Tribunal Supremo solicita del Tribunal Superior de Milán la revisión del proceso, pero este último aún no se ha pronunciado al respecto.

# Notas

[\*] Juego de palabras en alusión al nombre de la sección periodística de Umberto Eco «El paquete de Minerva», en la que se publicó el artículo que se menciona a continuación. *Minerva* es el nombre de una conocida marca de cerillas italiana, además del de la diosa de la sabiduría, obviamente. (Nota del Traductor). <<

[\*] Conocida expresión de *La divina comedia* de Dante, el cual, naturalmente, no se refería a los intelectuales. (Nota del Traductor). <<

[1] Queda por ver si el silogismo práctico que concluía la *Ética a Nicómaco* aristotélica con un «este plato es adecuado para mí» no ha llevado a atracones excesivamente indigestos, para cuyas historias clínicas, más que la filosofía, es aconsejable la sabiduría popular, es decir, que quien crea saber dónde le aprieta el zapato tal vez encuentre en cambio la horma de su zapato. <<

[\*] Adriano Sofri, a quien A. Tabucchi dirige sus reflexiones sobre la figura del intelectual, fue en los años setenta líder e ideólogo de *Lotta Continua*, una organización extraparlamentaria de izquierdas. En 1988, Sofri, junto a otros dos dirigentes del mismo grupo, fue acusado del asesinato de un comisario de policía cometido en 1972. Tras varios años de procesos, condenas y absoluciones, los tres fueron condenados en firme a veintidós años de cárcel e ingresaron en prisión en 1997. Este polémico caso, por sus irregularidades y por basarse exclusivamente en el testimonio tardío y confuso de un arrepentido, ha sido considerado una suerte de nuevo *affaire Dreyfus* por gran parte de la intelectualidad italiana, y sigue levantando vivas polémicas. Para mayor información, puede verse la nota editorial en apéndice al presente volumen o consultarse el libro de Carlo Ginzburg *El juez y el historiador. Consideraciones al margen del caso Sofri* (Muchnik, 1992). (Nota del Traductor). <<

[\*] Caso judicial reciente en el que un grupo de jóvenes de buena familia, que se dedicaba a arrojar piedras desde el paso elevado de una autopista, fue acusado de causar la muerte a un conductor. Como señalará más adelante el propio Tabucchi, el carácter aparentemente «gratuito» de este comportamiento criminal provocó una viva polémica en Italia. (Nota del Traductor). <<

[\*] Dietrologia} (literalmente, ciencia de lo de detrás) es un término acuñado irónicamente en medios periodísticos italianos para referirse al afán, a veces fuera de todo lugar y lógica, con el que en ocasiones ciertos analistas pretenden desvelar las que según ellos son las verdaderas causas de los acontecimientos políticos, ocultas a la opinión pública. (Nota del Traductor). <<

[\*] Alusión a una polémica periodística acerca de la masiva llegada a Italia de refugiados albaneses que Tabucchi mantuvo en 1997 con el escritor Alberto Arbasino, al que se volverá a citar más adelante en su condición de miembro de la neovanguardia de los años setenta, de la que por cierto también formó parte Umberto Eco. (Nota del Traductor). <<

[\*] Expresión atribuida a Giacomo Leopardi. (Nota del Traductor). <<

[\*] Giuseppe Parini (1729-1799), poeta e intelectual ilustrado italiano, describe en su largo poema satírico {*Il giorno*} sus fatigas como preceptor de un fatuo y estúpido jovenzuelo aristócrata. (Nota del Traductor). <<

[\*] Término con el que se designa a cierto sector de la aristocracia romana muy vinculado al Vaticano y de abiertas simpatías hacia el fascismo y la extrema derecha. (Nota del Traductor). <<

[\*] Entre algunas polémicas periodísticas conocidas, se alude aquí al escándalo suscitado por el descubrimiento de que algunos paracaidistas italianos destacados en Somalia como fuerza de paz habían torturado a la población local. (Nota del Traductor). <<

[\*] Nombre que adoptaron los integrantes italianos de la neovanguardia de los años sesenta y setenta. Fue este grupo el que decretó simbólicamente la muerte de la novela, episodio al que alude irónicamente Tabucchi algunas páginas atrás. (Nota del Traductor). <<

[\*] Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista Italiano (PCI) apoyó la concesión de una amnistía general para los colaboradores del régimen fascista en la inmediata posguerra. (Nota del Traductor). <<

[\*] Tras las investigaciones judiciales de la Fiscalía de Milán sobre el clientelismo y el financiamiento irregular de los partidos que tradicionalmente habían gobernado Italia (entramado popularmente conocido como *Tangentopoli*), todo el sistema político entró en una profunda crisis y empezó a cobrar fuerza la hipótesis de una Segunda República, con distintos criterios electorales y modos de elección del presidente, etc. La falta de acuerdo de las nuevas formaciones políticas, sin embargo, no ha permitido hasta el momento más que leves reformas. Al mismo tiempo, la minoritaria Liga Norte, dirigida por el excéntrico senador Umberto Bossi, lanzaba la polémica propuesta de independizar las prósperas regiones norteanas (la «Padania») del más atrasado sur. (Nota del Traductor). <<

[\*] El dirigente político democristiano Aldo Moro fue secuestrado por las Brigadas Rojas el 16 de marzo de 1978. Antes de ser asesinado, algunas semanas después, mantuvo una constante correspondencia con miembros de su partido, con los que entró en una agria polémica por la negativa de éstos a negociar. Algunos representantes de la Democracia Cristiana llegaron a afirmar que el secuestrado no estaba en sí a la vista de esas declaraciones. El entonces ministro del Interior y más tarde Presidente de la República Francesco Cossiga, amigo personal de Moro, fue el único en realizar un tímido intento posterior de aclaración pública de lo sucedido, como se señala varias veces en este capítulo. (Nota del Traductor). <<

[\*] Para todo lo que sigue, consúltese la cronología incluida como apéndice al final del presente volumen. (Nota del Traductor). <<

[\*] Sobre los acontecimientos y nombres citados en este capítulo, véase la cronología final del presente volumen. Pietro Valpreda era un bailarín anarquista que fue acusado junto a Pinelli de la matanza de la Banca dell'Agricoltura y encarcelado. Parte de la prensa desató una campaña contra los que eran calificados como «monstruos anarquistas». (Nota del Traductor). <<

[\*] Cita irónica de unos versos de Leopardi, concretamente del poema «El sábado en la aldea». (Nota del Traductor). <<

[\*] También se ha constituido en Francia un comité de apoyo a estos «presos políticos» integrado, entre otros, por Maurice Blanchot, Cornelius Castoriadis y Jacques Derrida. (Nota del Traductor). <<